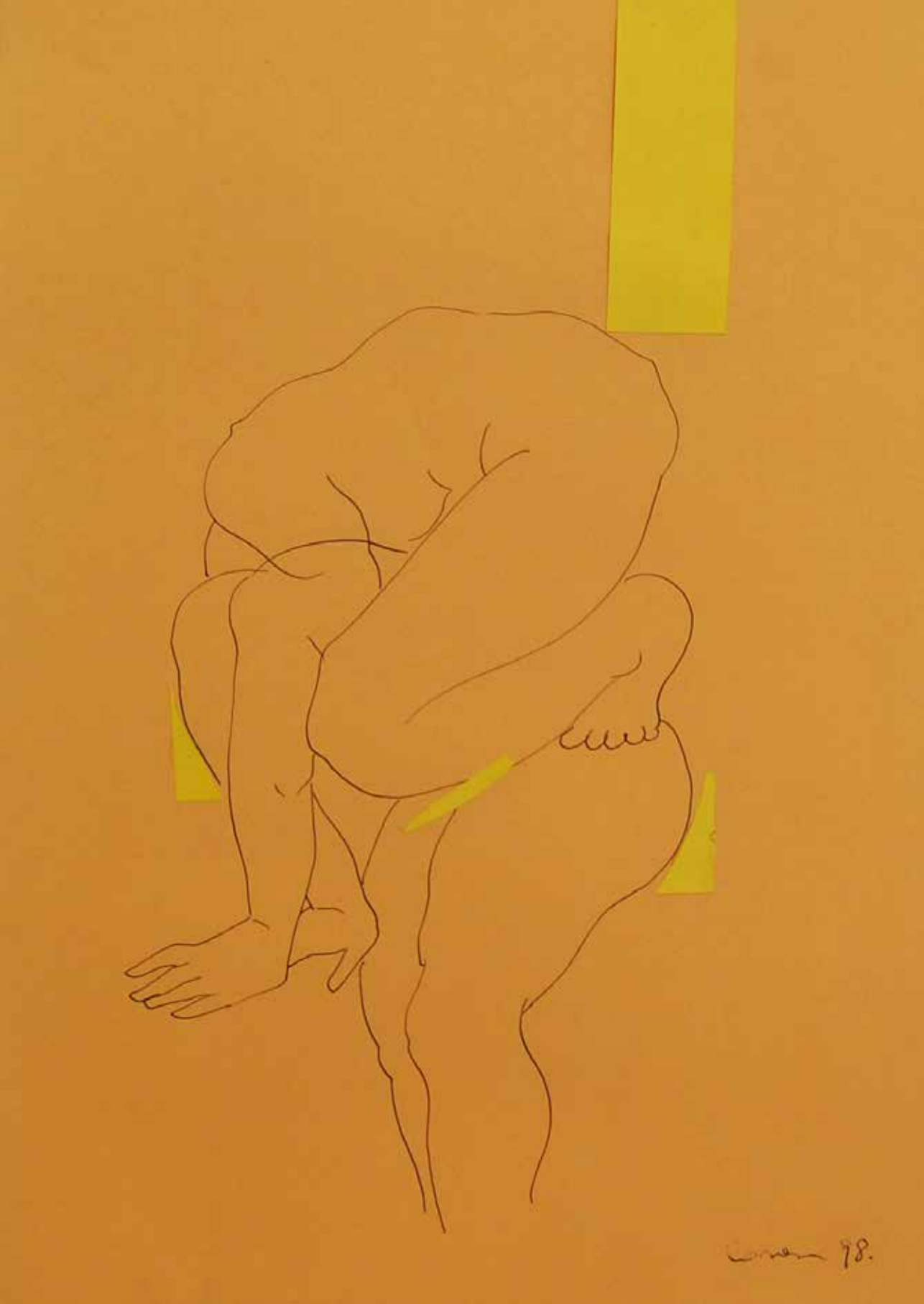
PACO CONESA

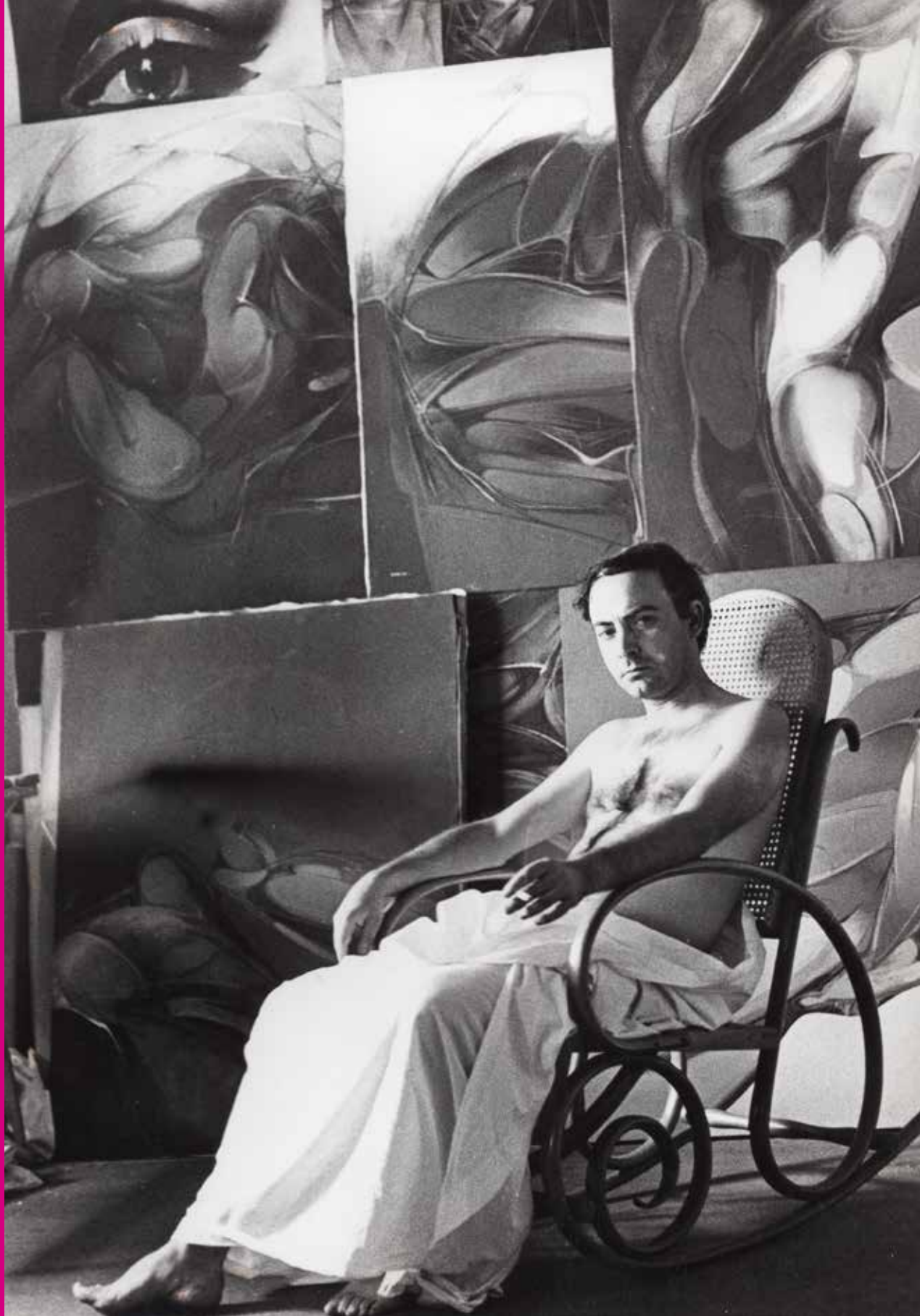
Lo que queda del día

2

Tinta/collage sobre papel. 1998. 40,5 x 30 cm.



Presentación
Noelia Arroyo / 8
Lo que queda de Paco
Julia Bermúdez / 13
Descubriendo a Paco Conesa
Martín Lejarraga / 51
Amantes en la Sainte-Victoire
Charris /93



Hay exposiciones que llegan a una ciudad para mostrar una obra. Y hay exposiciones que, además, nos permiten descubrir de nuevo a un artista.

'Lo que queda del día' pertenece a ese segundo grupo.

Acercarse hoy a Paco Conesa es adentrarse en una trayectoria artística de enorme riqueza, construida desde el dibujo, el color y el modelado, pero también desde la curiosidad y la búsqueda constante. Un creador nacido en La Unión que supo desarrollar un lenguaje propio y que llevó su mirada a ámbitos tan diferentes como la pintura, la escultura, la imaginería religiosa o la escenografía teatral. Su trabajo en el teatro gallego le convirtió, además, en una figura especialmente vinculada a la creación escénica y al diseño de escenografía y vestuario.

Su obra nos habla de muchas cosas. Del cuerpo y de la figura humana. De la tradición y de la contemporaneidad. De la escena y de la pintura. De lo que permanece y de lo que se transforma. Y también de una manera muy personal de entender el arte.

Por eso tiene un significado especial que esta exposición llegue ahora al Palacio Consistorial de Cartagena, porque desde el Ayuntamiento queremos que nuestros espacios públicos sean también espacios para la cultura. Que el patrimonio que hemos heredado no sea solamente algo que contemplamos, sino un lugar desde el que seguimos creando, compartiendo y acercando el arte a los ciudadanos.

El Palacio Consistorial es uno de los grandes símbolos de Cartagena. Y queremos que sea también una gran sala de exposiciones, abierta a artistas, creadores y proyectos que nos permitan mirar nuestra cultura desde perspectivas diferentes. Que sus salas sigan acogiendo la historia de Cartagena, pero también el arte de nuestro tiempo y la memoria de quienes, como Paco Conesa, han contribuido a enriquecer el patrimonio cultural de nuestro entorno.

Esta exposición tiene, además, algo especialmente valioso, ya que no pretende cerrar el relato sobre Paco Conesa, sino abrirlo. Diez años después de que nos dejara Paco; sus herederos han abierto las puertas de su universo de dibujos, telas, documentos y materiales que permanecían en su estudio. Y tres artistas —Julia Bermúdez, su discípula; Martín Lejarraga y Ángel Mateo Charris— se acercan a ese legado desde sus propias miradas, estableciendo un diálogo entre generaciones y entre distintas formas de entender la creación.

Es, por tanto, una exposición sobre la obra de un artista, pero también sobre su huella.

Porque cuando un artista desaparece, sus cuadros pueden permanecer, sus dibujos pueden conservarse y sus trabajos pueden seguir formando parte de nuestra memoria. Pero la mirada que había detrás de ellos es más difícil de preservar, también el proceso, las dudas, los caminos que recorrió hasta encontrar una determinada forma.

'Lo que queda del día' nos permite acercarnos precisamente a ese territorio. A lo que permanece cuando el estudio queda en silencio. A los rastros de una vida dedicada a crear.

Paco Conesa dejó una obra extensa e intensa. Su trayectoria incluye decenas de

exposiciones, una producción muy amplia de dibujos y una importante aportación a la escenografía y a la imaginería. Y detrás de todo está el dibujo, una constante como fundamento de su lenguaje, y la figura humana como uno de los grandes territorios de su creación.

Cartagena tiene la oportunidad de detenerse ahora ante esos fragmentos y contemplarlos de cerca.

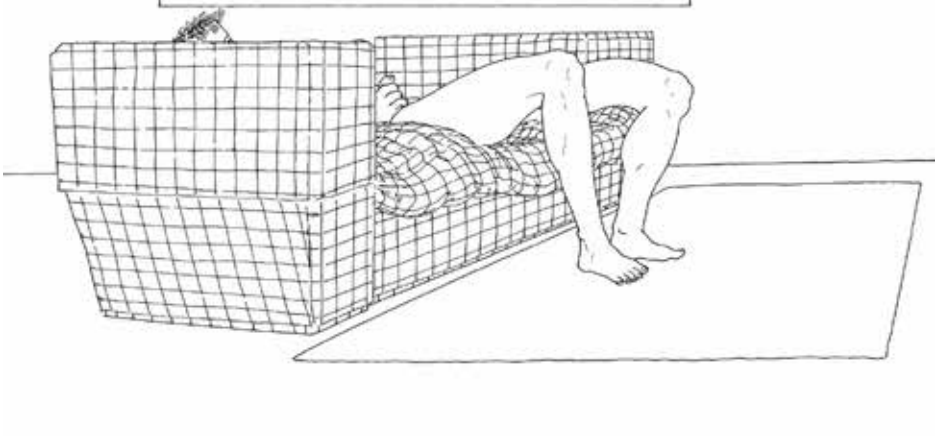
Como alcaldesa, quiero agradecer a los herederos de Paco Conesa su generosidad y a Julia Bermúdez, Martín Lejarraga y Ángel Mateo Charris su trabajo para hacer posible este diálogo con su legado.

Y quiero invitar a todos los cartageneros y a quienes nos visiten a recorrer la exposición y este catálogo sin prisa. A dejarse sorprender por sus dibujos, sus pinturas y sus huellas. A descubrir a un artista que pertenece a nuestra tierra y cuya obra merece seguir siendo mirada, estudiada y compartida.

Rescatar una memoria, abrirla a nuevas miradas y conseguir que siga viva, es también un forma de hacer cultura.

Bienvenidos a 'Lo que queda del día'.

Noelia Arroyo
Alcaldesa de Cartagena



Tinta sobre papel. 1994. 32,5 x 23 cm.

Lo que queda de Paco

Julia Bermúdez

Yo conocía a Paco Conesa antes de conocer a Paco.

En La Unión era una persona conocida. Su relación con el Cante de las Minas, con la Semana Santa y con tantas otras actividades culturales hacía que su nombre formara parte de la vida del pueblo. Pero una cosa es conocer el nombre de alguien y otra muy distinta conocer a la persona.

Lo conocí personalmente unos cuatro o cinco años antes de su muerte, cuando volvió a vivir a La Unión. Nuestra relación no empezó precisamente bien. Mi primera impresión fue que era un borde. Empezamos discutiendo sobre pintura y sobre cómo había que policromar una escultura. Y, de alguna manera, aquella discusión fue el principio de una amistad.

Con el tiempo hablamos de casi todo: de arte, del pueblo, de cultura, de relaciones personales, del amor, de religión y de la vida. Había una diferencia de edad importante entre nosotros, pero nunca fue un obstáculo. Paco tenía una forma muy particular de mirar las cosas y de decirlas, y detrás de su carácter crítico, de su humor negro y de su sarcasmo había una persona con una enorme curiosidad y una capacidad extraordinaria para pensar, crear y relacionar cosas.

También aprendí mucho de él como artista. Insistía en que había que dibujar todos los días. Que el estilo propio no aparece por inspiración, sino que se construye entrenando la mano y, sobre todo, la mirada.

Pensaba que conocía bastante bien a Paco, hasta que me encargaron catalogar la obra que había quedado en su casa.

Me equivocaba.

Volver a entrar sin él fue extraño. Sentía que estaba entrando en su intimidad. Paco ya no estaba, pero su vida seguía allí: su ropa, sus materiales, sus papeles, sus muebles, sus libros, sus cajas, el estudio... Y la sensación de que, mirara donde mirara, aparecía obra. Al principio parecía que no había tanta. Después aparecía otra. Y otra. Y otra. Esto no tiene fin.

Terminé catalogando más de tres mil piezas entre dibujos, pinturas y bocetos de escultura, escenografía y vestuario.

El polvo formaba parte de aquella casa. Paco lo llamaba «la alcurnia». Y, de alguna manera, él seguía allí. Mientras abría cajones, encontraba dibujos o movía cosas, yo seguía hablando con él. Le preguntaba cosas, aunque sabía que ya no podía contestarme.

Pero la verdadera sorpresa no fue descubrir cuánto había hecho, sino poder ver cuánto había de Paco en todo aquello.

Cuando empecé a ordenar la obra cronológicamente aparecieron conexiones que antes no podía ver. Obras de distintas épocas empezaban a dialogar entre sí. Investigaciones que parecían cerradas reaparecían años después, transformadas. Su evolución no era una línea recta. Me sorprendía descubrir cómo, muchos años después, volvía sobre ideas que ya había trabajado, como si algunas cosas nunca dejaran de interesarle.

Y poco a poco empecé a reconocer estados de ánimo. Había enfado, añoranza, frustración, etapas oscuras, obsesiones. Y el cuerpo humano aparecía una y otra vez, como una obsesión que atravesaba gran parte de su trabajo.

También descubrí al Paco que no conocía.

Descubrí al Paco apasionado por los artistas que admiraba, pero también al Paco técnico, riguroso y perfeccionista, con unos conocimientos enormes sobre materiales, escenografía y cuestiones técnicas que yo ni siquiera imaginaba. Era capaz de pasar de una idea completamente abstracta a analizar con una precisión increíble cómo hacer algo posible.

Cuanto más conocía su obra, más difícil era encajarlo en una sola imagen. Y creo que eso también me ocurrió con la persona.

Al hablar con sus amigos fui descubriendo otras partes de Paco. Cada uno tenía sus propias historias, sus propios recuerdos y una imagen diferente de él. Algunos me hablaban de su sentido del humor, otros de su generosidad, de su capacidad para resolver cualquier cosa, de su creatividad o de lo buen amigo que era.

Y empecé a entender que todos esos Pacos podían ser verdad al mismo tiempo. Que ninguna de esas miradas, tampoco la mía, podía explicar por sí sola quién había sido.

Hubo un momento, durante la catalogación, en el que encontré una serie de dibujos especialmente oscuros, explícitos, íntimos y críticos. No voy a contar aquí lo que había detrás de ellos. Hay cosas que pertenecen a la intimidad de Paco.

Pero aquellos dibujos cambiaron algo. Sentí que lo estaba conociendo realmente.

Quizá porque allí ya no estaba solamente el artista que yo conocía, ni el hombre con el que discutía sobre pintura, ni el personaje conocido en La Unión. Estaba alguien mucho más complejo, con sus contradicciones, sus obsesiones, sus enfados y sus frustraciones.

Y entendí que una obra puede contar cosas de una persona que esa persona nunca cuenta directamente.

Cuando un artista muere, deja parte de su intimidad en lo que ha hecho. Después otros podemos mirar, ordenar, relacionar, interpretar y reconstruir. Nunca podremos sa-

berlo todo, pero podemos acercarnos.

Durante estos años he tenido la sensación de estar haciendo precisamente eso: intentando acercarme.

Cada persona que lo conoció conserva una parte. Sus amigos tienen sus historias. Su familia tiene las suyas. Están los lugares donde vivió, las personas con las que se relacionó y, sobre todo, está su obra. Cada dibujo, cada pintura, cada boceto añade una pieza más.

Paco también ha dejado cosas en mí. Me ha dado conocimientos artísticos y técnicos, personas que he conocido gracias a él, experiencias y muchas enseñanzas que van más allá del arte.

Me ha hecho ser todavía más consciente de que para aprender a dibujar primero hay que aprender a mirar. Y también de que ser artista no consiste solamente en producir obras. La creatividad acaba formando parte de tu manera de estar en el mundo, de relacionarte con las personas y de mirar lo que tienes alrededor.

Y, con el tiempo, también he entendido la importancia de cuidar a los amigos y de cuidarse uno mismo.

Han pasado diez años desde que empecé, de una manera u otra, a luchar para que Paco no desaparezca y para que su obra no se pierda. A veces ha sido un trabajo casi invisible: catalogar, ordenar, buscar, hablar con personas que lo conocieron, escuchar historias e intentar unir piezas.

Todo ese tiempo me ha hecho comprender que cuando un artista muere, no desaparece todo lo que fue. Queda su obra, pero también quedan sus amigos, su familia, las historias que cada uno recuerda, los lugares donde vivió, las personas que conoció y todo lo que fue dejando en quienes estuvieron cerca de él.

Quizá, al final, todo eso junto sea Paco.

He tenido la oportunidad de conocer a un montón de Pacos. Y creo que esa es una de las cosas más bonitas que puede ocurrir con un artista después de morir: que siga apareciendo, que sigamos descubriéndolo en lo que dejó.

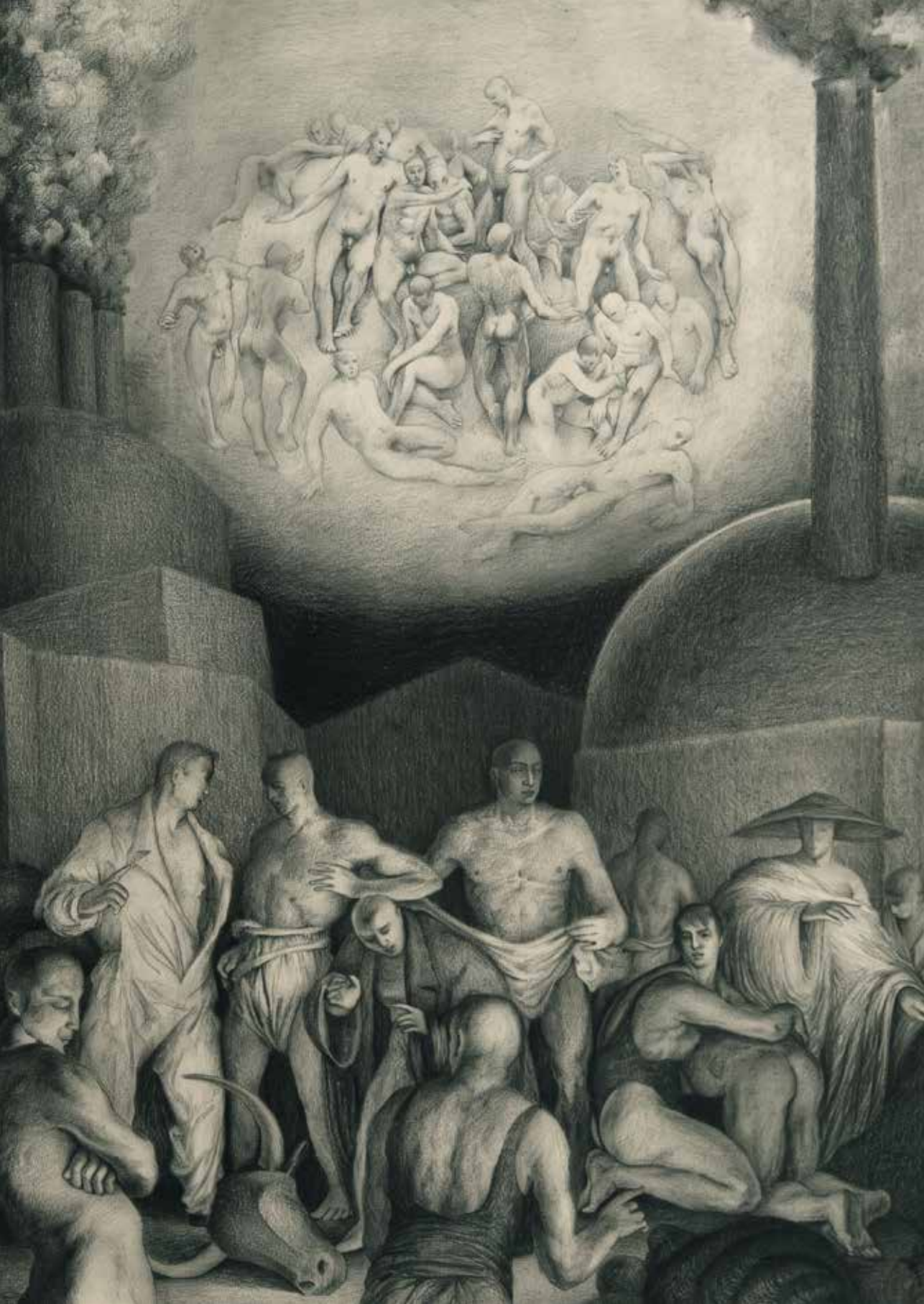
Si conseguimos que no se olvide, queda todo. Queda Paco al completo.

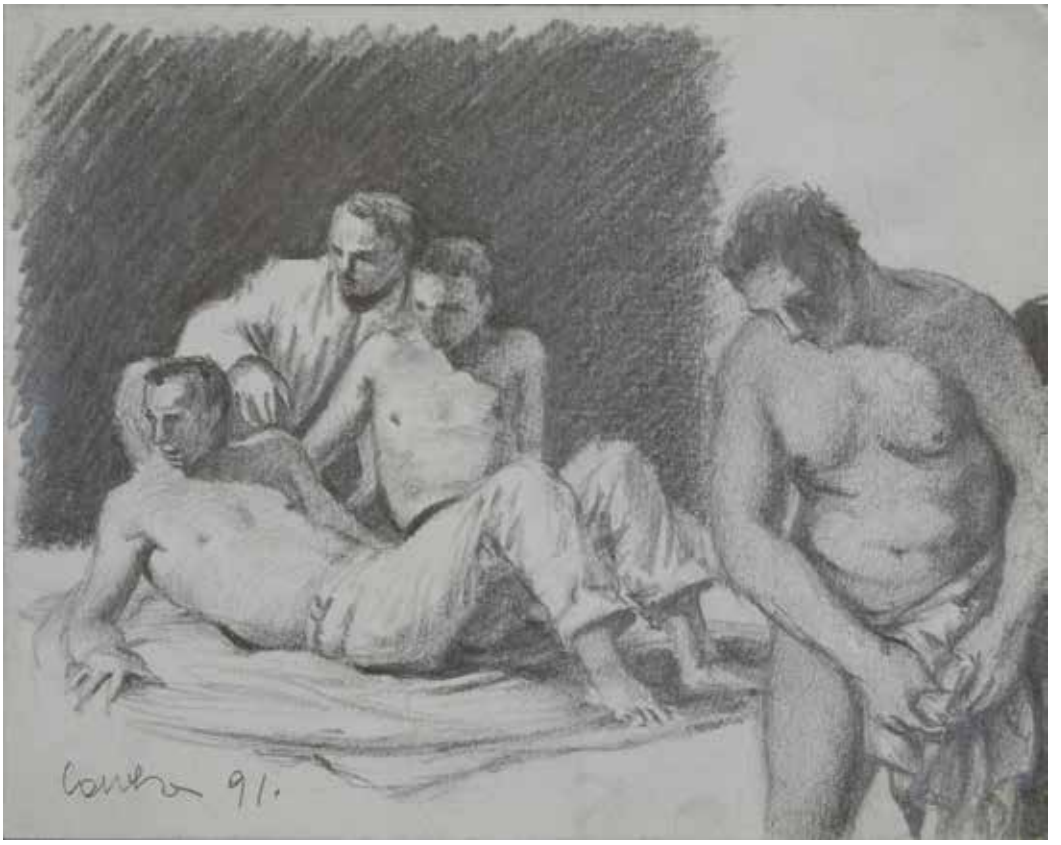
Incluso puede que, a través de todo lo que queda de él, podamos conocer a Paco más que nunca. ❊

Octubre 2026.

16

Grafito sobre papel. 1991. 101 x 73 cm.

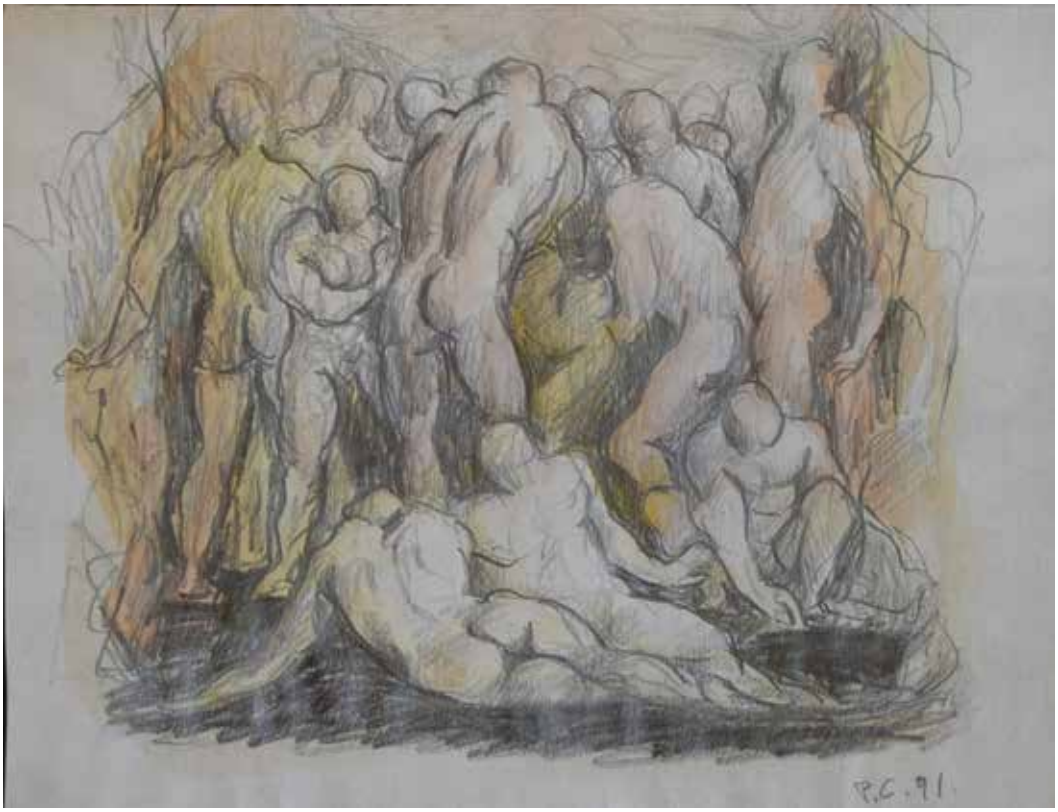




Grafito sobre papel. 1991. 15 x 19 cm.

Acuarela sobre papel. 2005. 21 x 17,5 cm.
Pgs. siguientes: Tinta sobre papel. 1992, 21 x 30 cm.

Lápiz sobre papel. 1974. 20 x 16,5 cm.

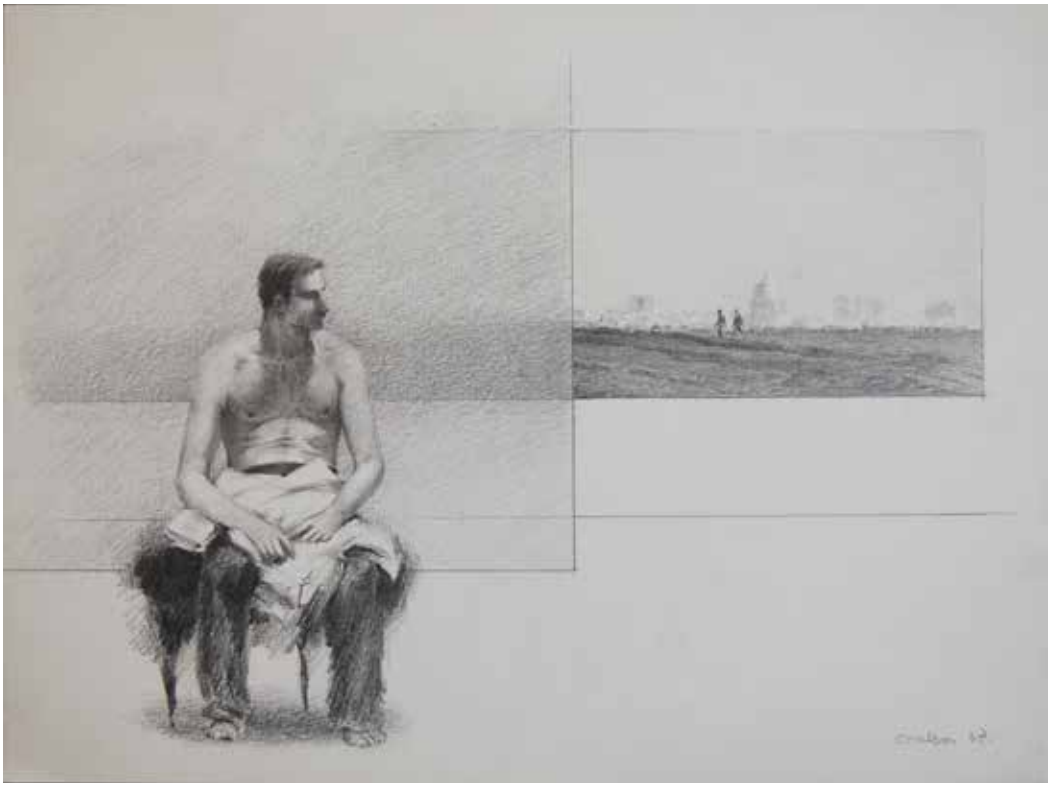


Lápiz/Acuarela sobre papel. 1991. 15 x 20 cm.

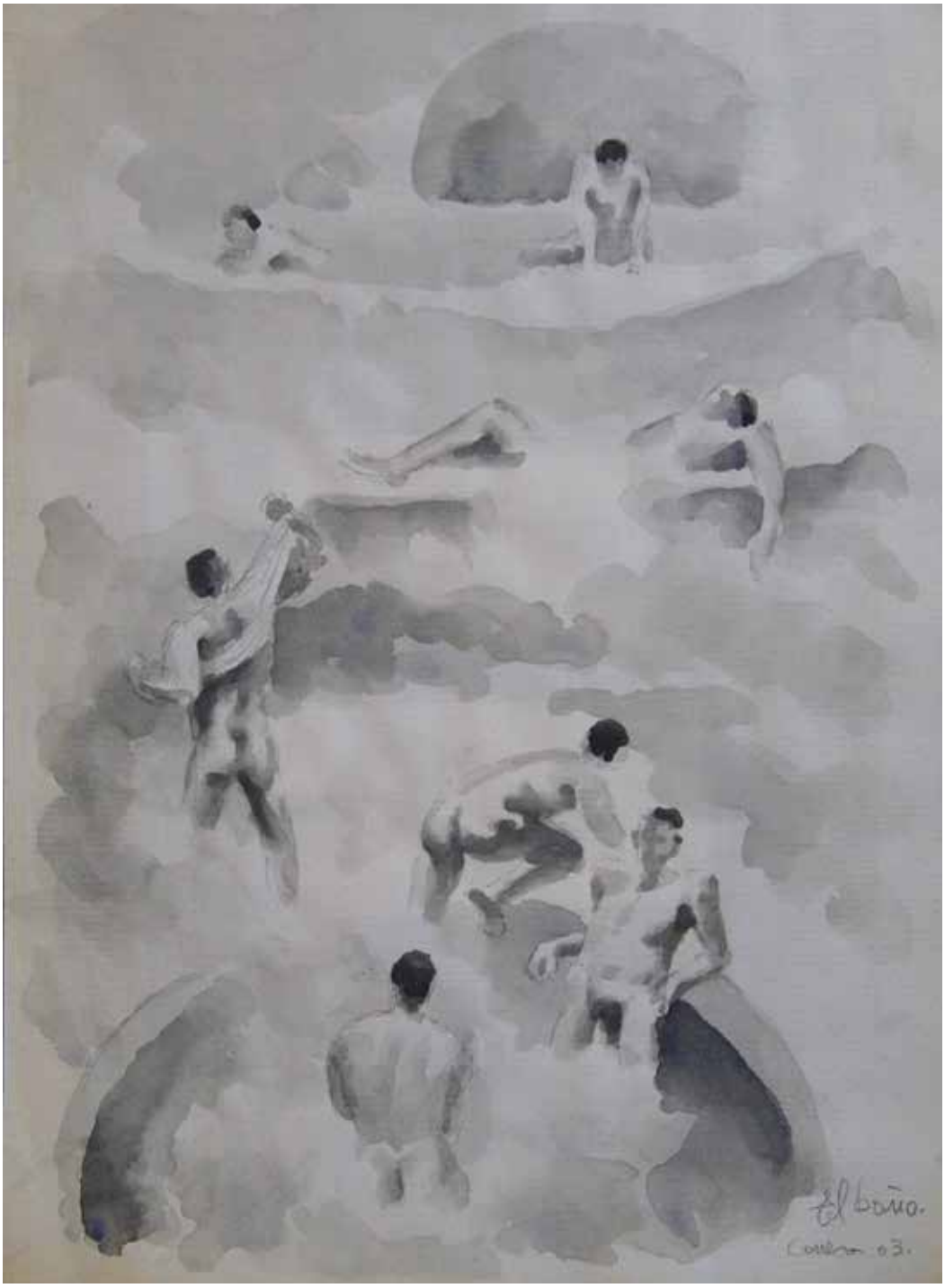
Lápiz color sobre papel. 1998. 30 x 21 cm,

Lápiz color sobre papel. 1998. 30 x 21 cm.

Acuarela color sobre papel. 1999. 23 x 32,5 cm.
Lápiz sobre papel. 2007. 25,5 x 35 cm.



Acuarela sobre papel. 2003. 21,5 x 16 cm.
Acuarela sobre papel. 2004. 32,6 x 23 cm.



Acuarela sobre papel. 2003. 29,5 x 21 cm

Acuarela sobre papel. 2008.. 16 x 21,5 cm.

Escenografía para Henchídos. Acuarela sobre papel. 2013. 21,5 x 32 cm

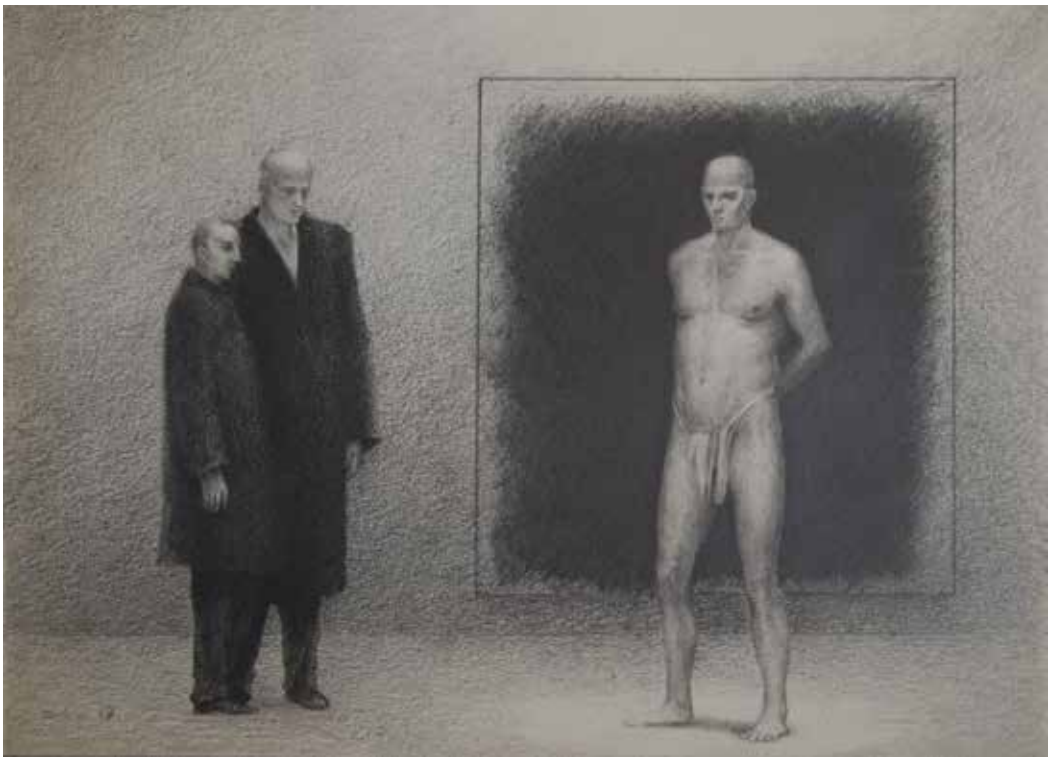
Escenografía para Imperial Café Cantante. Gouache sobre cartón pluma. 2005. 37 x 51 cm.

CAFE IMPERIAL
DE EDUARDO ALONSO

Acuarela sobre papel. 2003.. 21,5 x 16 cm.

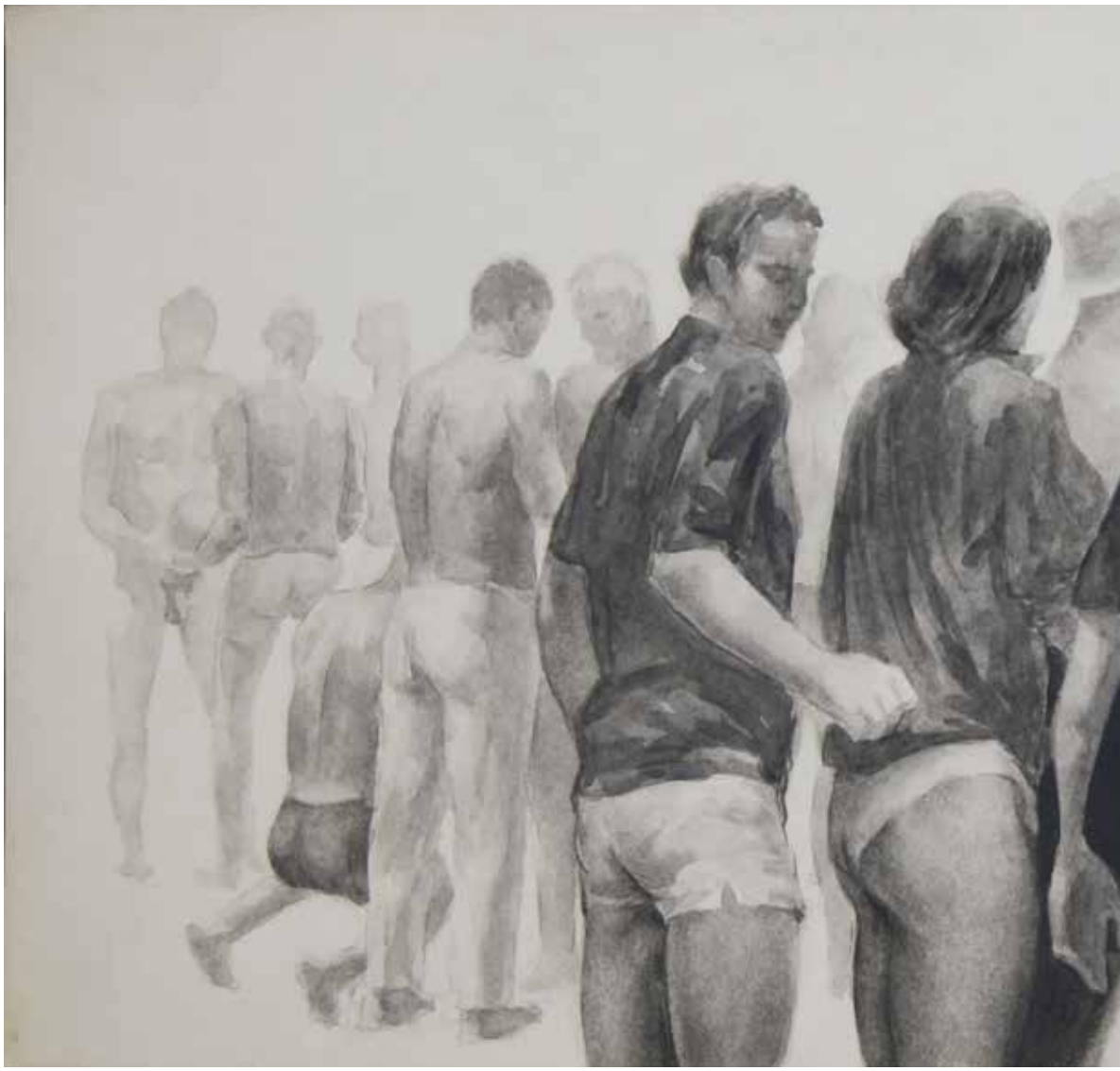
Acuarela sobre papel. 2003. 21,5 x 16 cm.

Grafito sobre papel. 2007. 25,5 x 34,5 cm.
Grafito sobre papel. 2012. 15 x 21 cm.

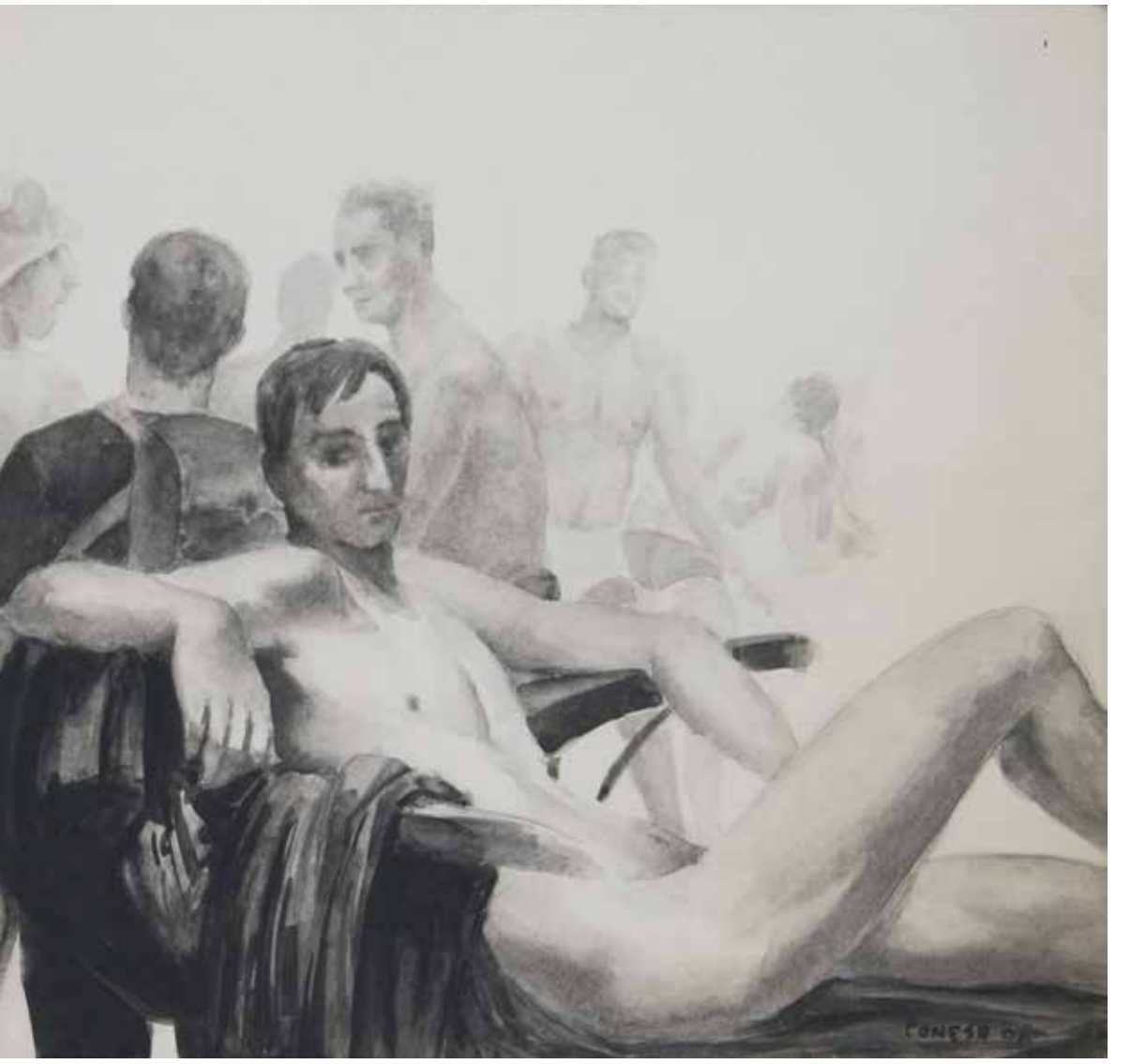


Acuarela sobre papel. 2000. 35 x 59 cm.

LONESA 2000.

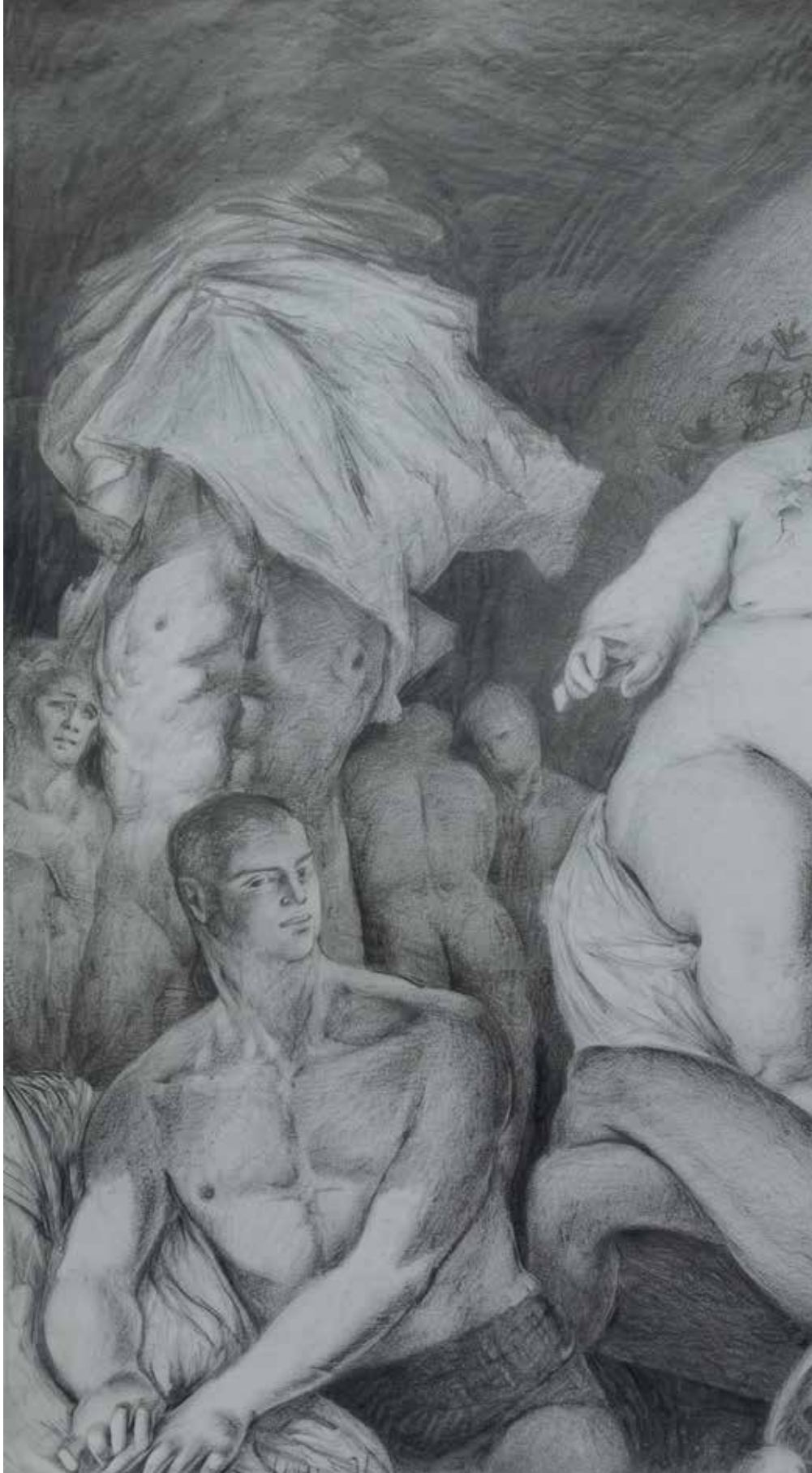


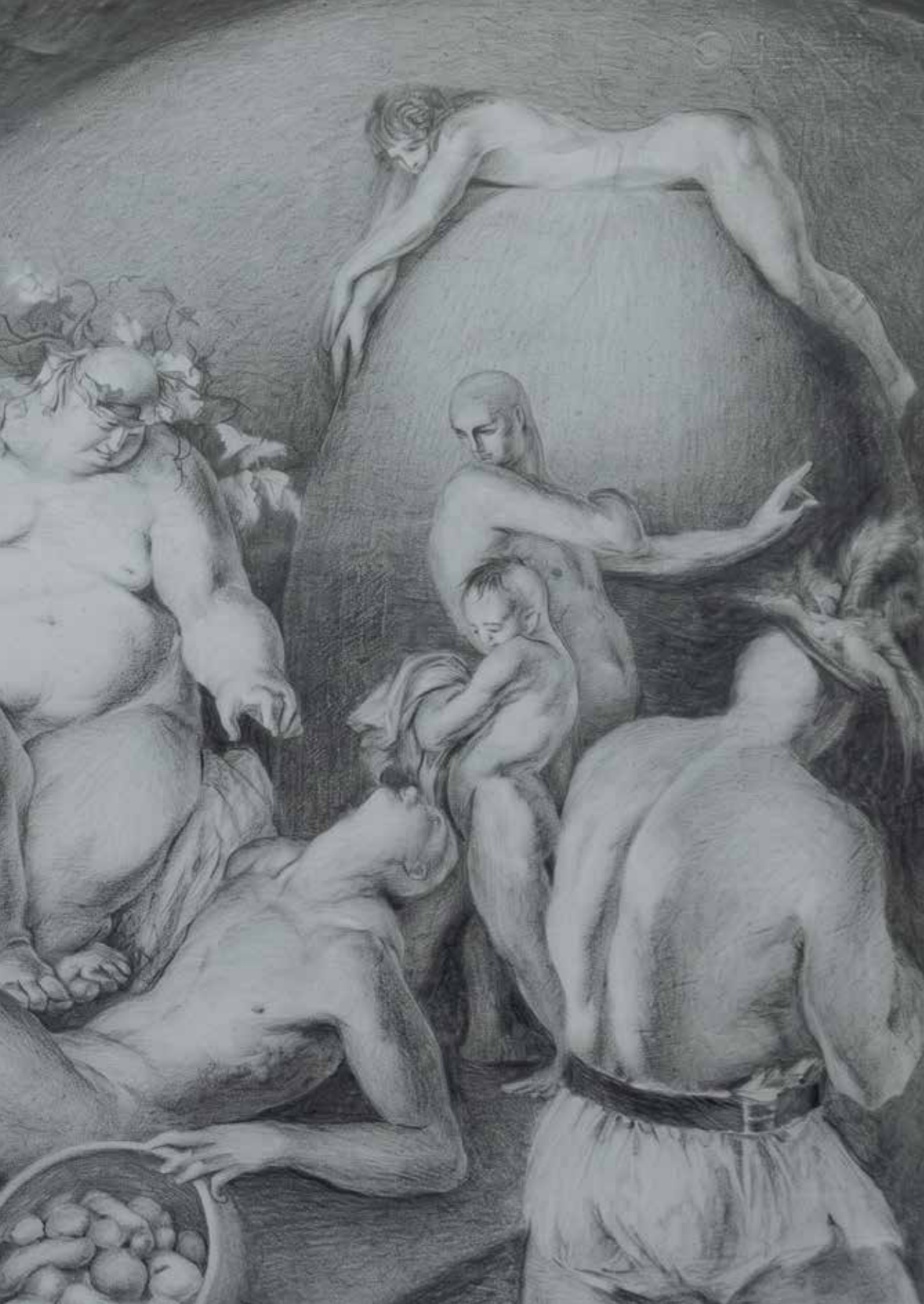
Acuarela sobre papel. 2001. 23,5 x 50 cm.



Acuarela sobre papel. 2015.. 50 x 36 cm.

Mixta sobre papel. 1983.. 21 x 20 cm.
Páginas siguientes: Grafito/papel. 1971.. 47 x 53 cm.





Acrílico y lápiz color sobre papel. 1971.. 65 x 50 cm.

Descubriendo a Paco Conesa

Martín Lejarraga

Mi acercamiento a Paco Conesa parte, inevitablemente, de un conocimiento parcial.

Había visto algunas obras, conocía su nombre y sabía de su trayectoria como pintor y escultor de La Unión, pero mi visión de su trabajo era puntual, fragmentaria, construida a partir de piezas aisladas. Ha ocurrido al acceder a un conjunto amplio de su obra cuando esa primera imagen ha empezado a transformarse. Y lo que ha aparecido ante mí ha sido un artista mucho más complejo, libre y singular de lo que podía imaginar.

Hay algo que me ha sorprendido especialmente en ese descubrimiento: reconocer en su obra una sensibilidad que, aunque propia, me remite constantemente a artistas que han formado parte de mi propia educación sentimental y artística como espectador. Aparecen ecos, afinidades, maneras de mirar que me hacen pensar en Tom of Finland, George Quaintance, David Hockney, Norbert Bisky y, en el contexto español, en artistas tan diferentes como Carlos Alcolea o Guillermo Pérez Villalta. No hablo desde luego de influencias directas, sino de un territorio común: el interés por la figuración, por el cuerpo, por el color, por la construcción de la masculinidad y, sobre todo,

por una determinada forma de introducir el deseo en la imagen.

Es precisamente ahí donde la obra de Conesa me ha resultado más reveladora. Hay una dimensión queer que atraviesa su trabajo y que, en ocasiones, aparece de manera evidente, pero que no necesita ser explícita para estar presente. Está en la elección de los cuerpos, en la manera de relacionarlos, en determinadas actitudes, en la sensualidad de una anatomía o en esa forma de mirar lo masculino que se distancia de las representaciones hoy calificadas como normativas. Está también en el color, en el artificio, en cierta extrañeza de las escenas. Una rareza que no siempre se presenta como declaración, pero que está presente en toda su obra.

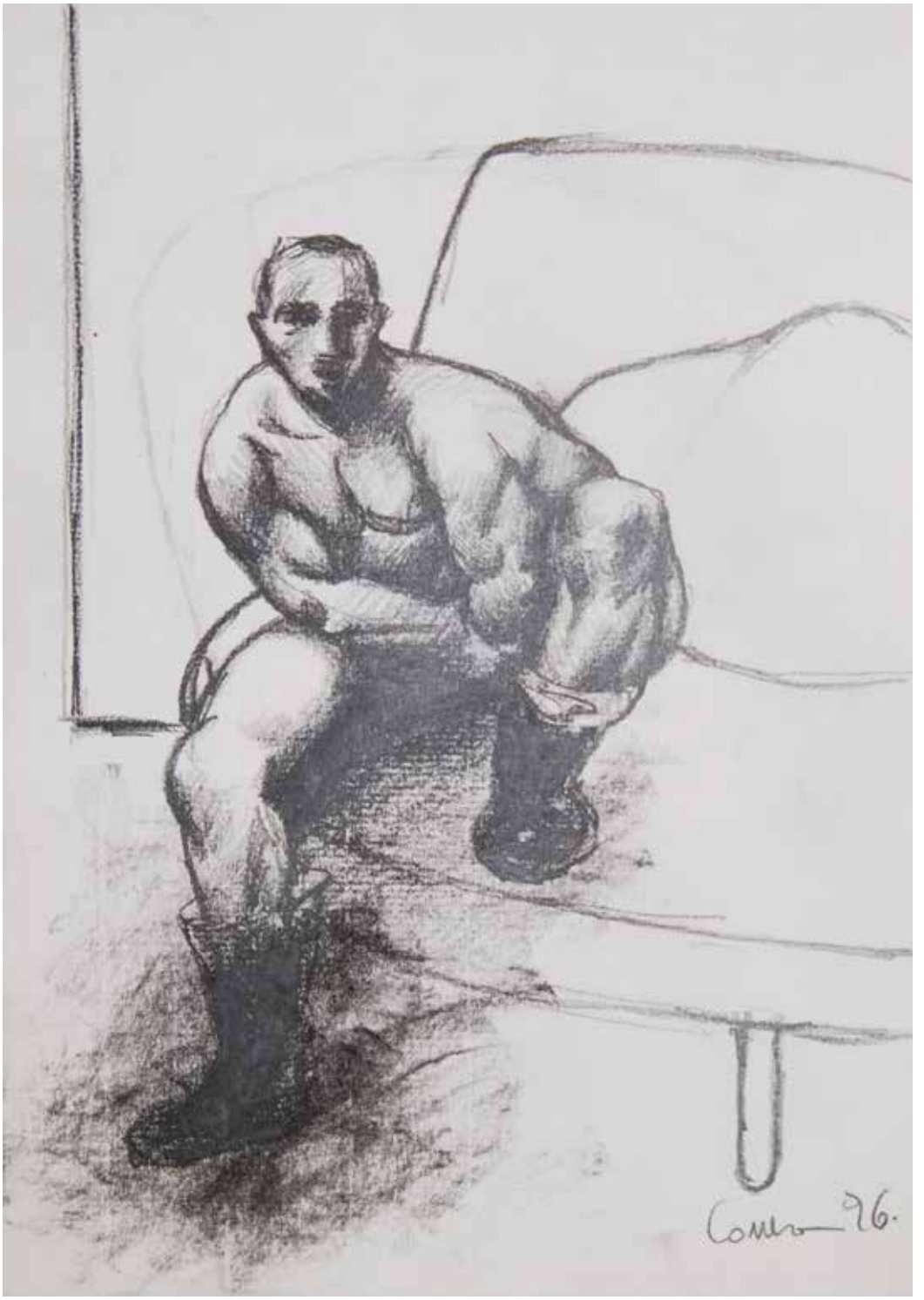
Y quizá sea eso lo que más me interesa de su posicionamiento. Conesa desarrolló buena parte de su trayectoria en un contexto social y artístico en el que la expresión de una sensibilidad queer no tenía la visibilidad ni la normalización que hoy puede tener. Su compromiso no aparece necesariamente formulado como un discurso militante, sino encarnado en la propia libertad de su trabajo: en pintar esos cuerpos, en concederles espacio, en convertirlos en protagonistas y en mirarlos desde el deseo sin necesidad de convertir ese deseo en un manifiesto.

Al contemplar ahora un conjunto mayor de su producción, esa dimensión se vuelve mucho más evidente. Y también se hace más interesante la red de asociaciones que despierta con algunos de mis pintores favoritos. Hay algo de la exuberancia y la construcción idealizada del cuerpo masculino de Tom of Finland y George Quaintance; algo de la intimidad y la naturalidad con la que Hockney introdujo el deseo homosexual en la vida cotidiana; algo, mucho, de la tensión corporal y cromática de Bisky. Y entre los artistas españoles encuentro esa libertad de la rara figuración y extrañeza que me lleva a Alcolea, o esa mezcla de teatralidad, artificio y clasicismo que puede acercarlo, desde otro lugar, a Pérez Villalta.

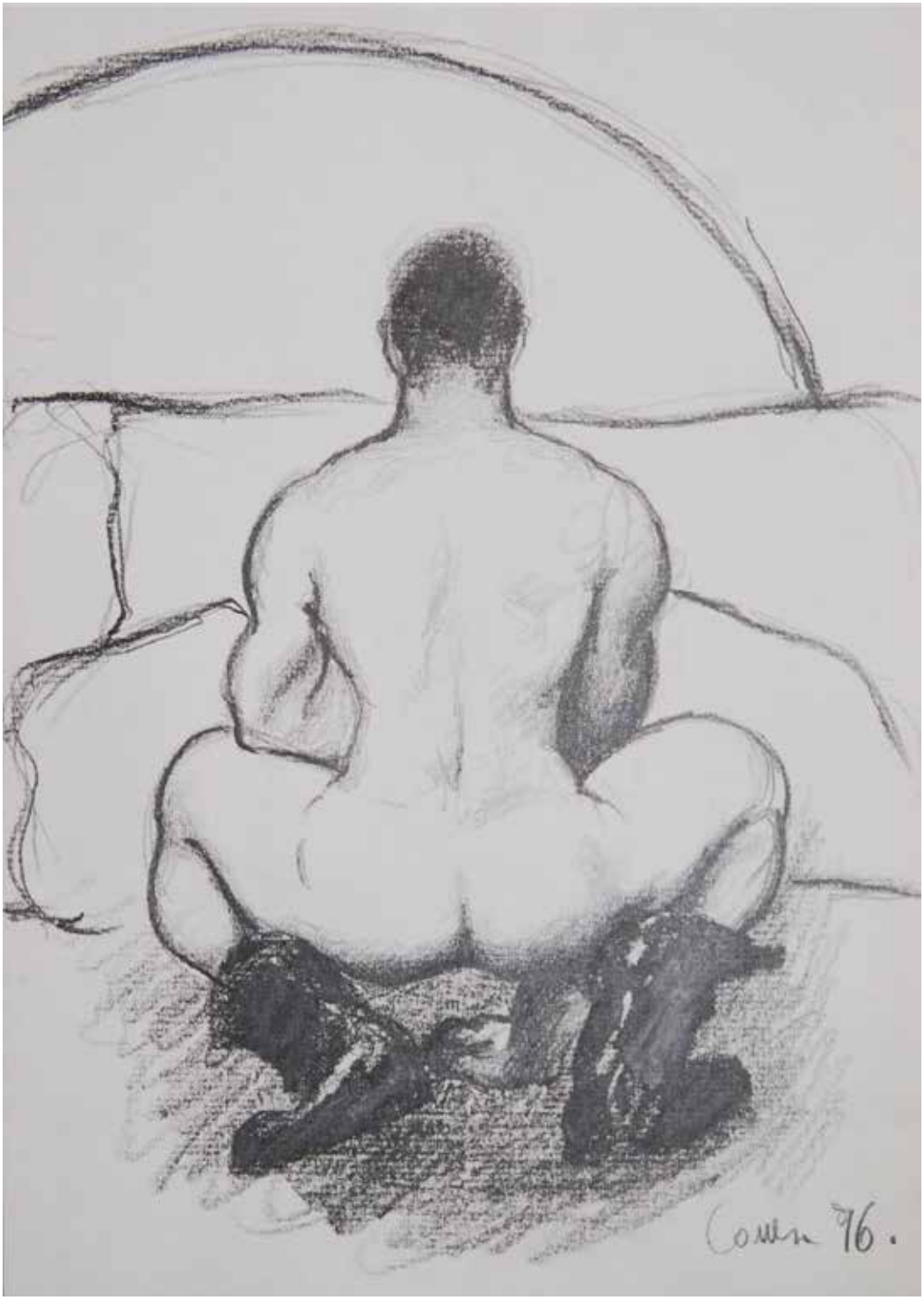
Pero estas referencias no disminuyen la singularidad de Conesa. Al contrario: me ayudan a verla y a hacerlo uno de los nuestros. Son como puntos de un mapa que permiten orientarme dentro de una obra que ahora descubro mucho más amplia. Reconocer esas afinidades tiene algo de revelación personal: encontrar, en un artista que hasta hace poco conocía de manera tan parcial, imágenes y sensibilidades que me resultan familiares, que me emocionan y que forman parte de mi propia manera de mirar el arte.

Quizá por eso acceder ahora al legado de Paco Conesa tenga para mí algo de descubrimiento revelador. No se trata únicamente de recuperar la obra de un artista de La Unión, sino de volver a mirarla desde el presente y encontrar en ella una libertad que estaba presente desde hacía décadas. Una libertad para pintar el cuerpo, el deseo, la masculinidad, el color y también aquello que no necesita ser nombrado para ser comprometida y profundamente queer. ❊

Grafito sobre papel. 1996.. 30 x 21 cm.



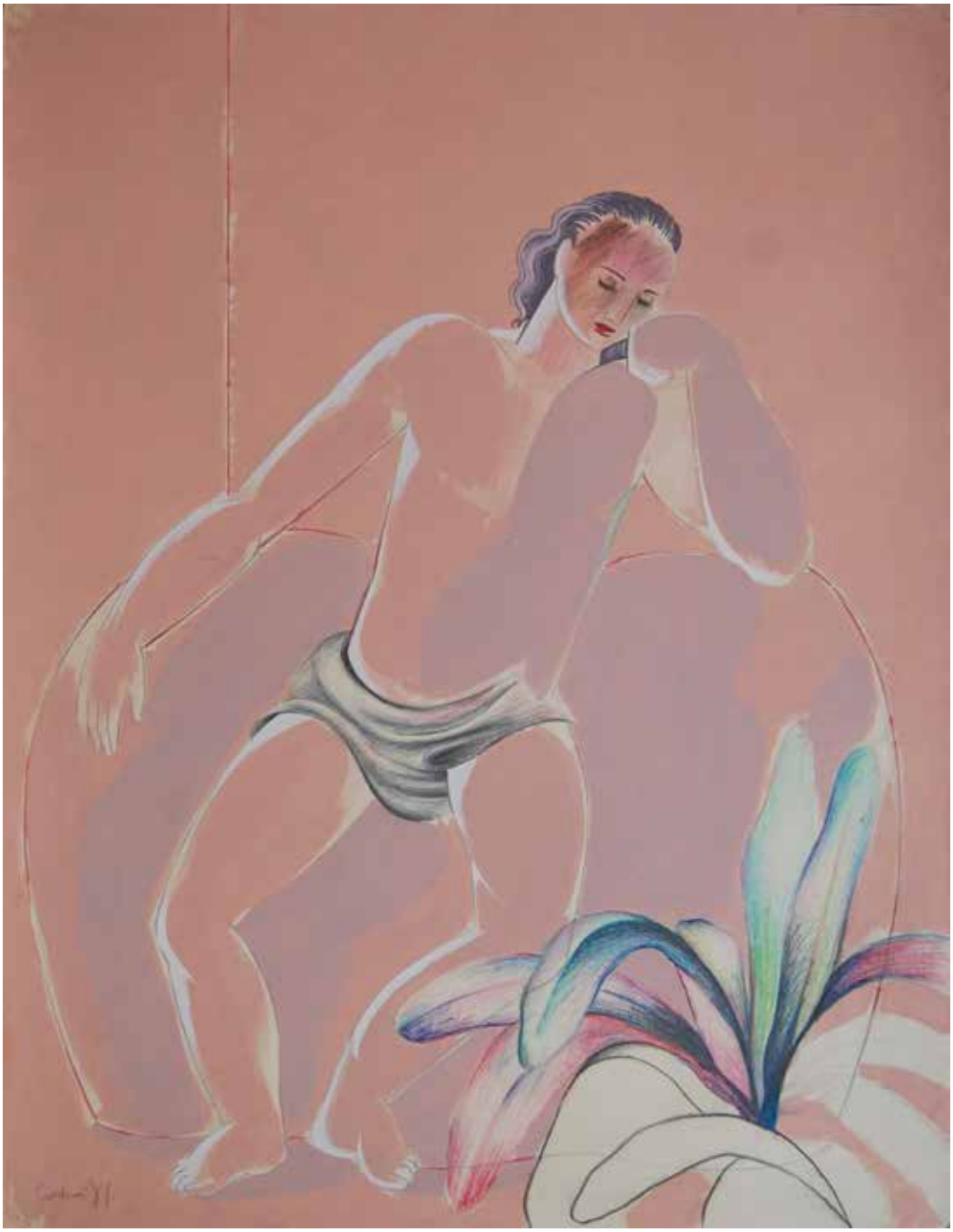
Gráfito sobre papel. 1996.. 30 x 21 cm.



Grafito sobre papel. 1996.. 30 x 21 cm.

Acrílico sobre cartón. 1981. 100 x 70 cm.

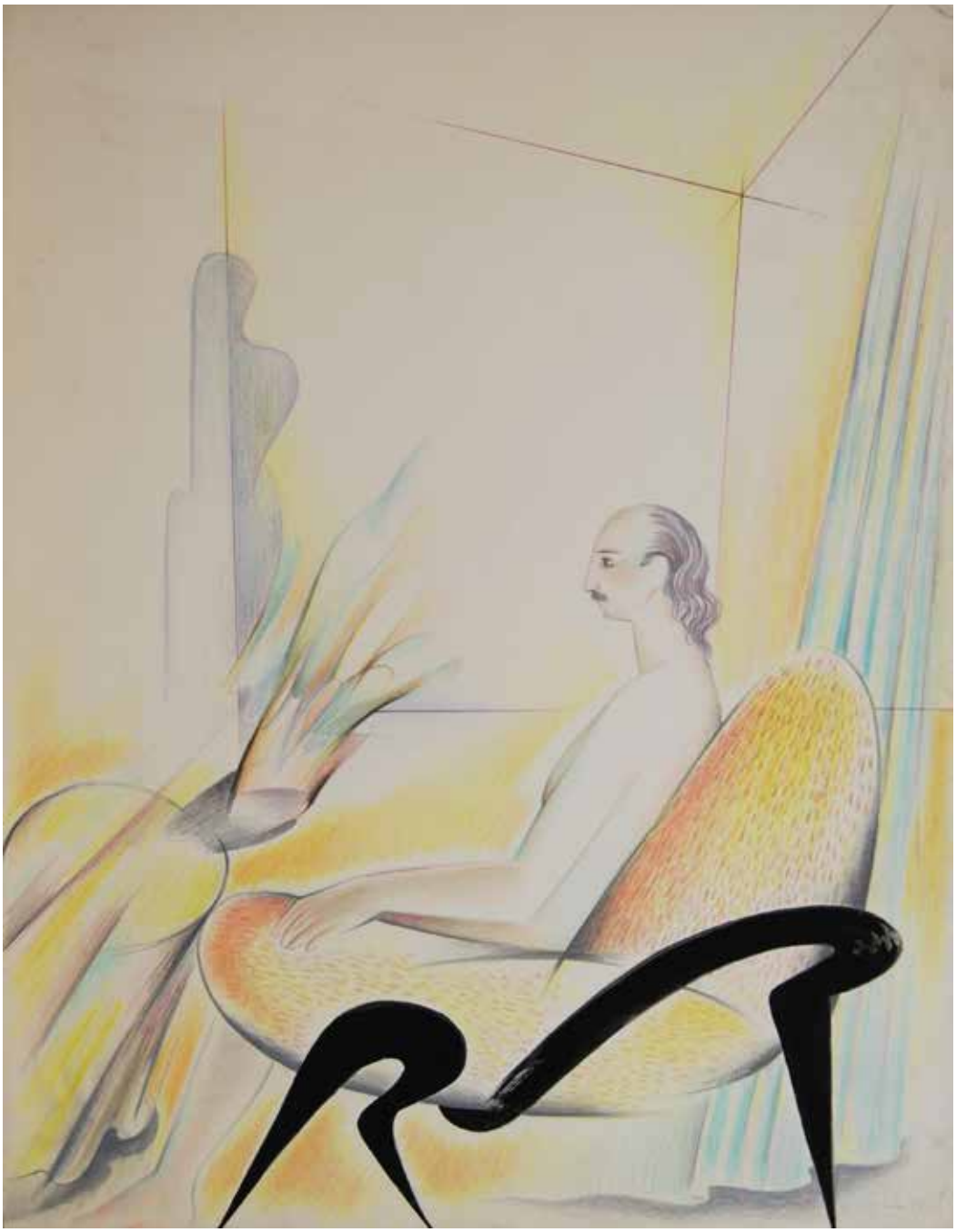
Acrílico y lápiz color sobre cartón. 1981. 65 x 50 cm.



Acrílico y lápiz color sobre cartón. 1981. 65 x 50 cm.

Acrílico y lápiz color sobre cartón. 1981. 50 x 65 cm.

Acrílico y lápiz color sobre cartón. 1981. 65 x 50 cm.



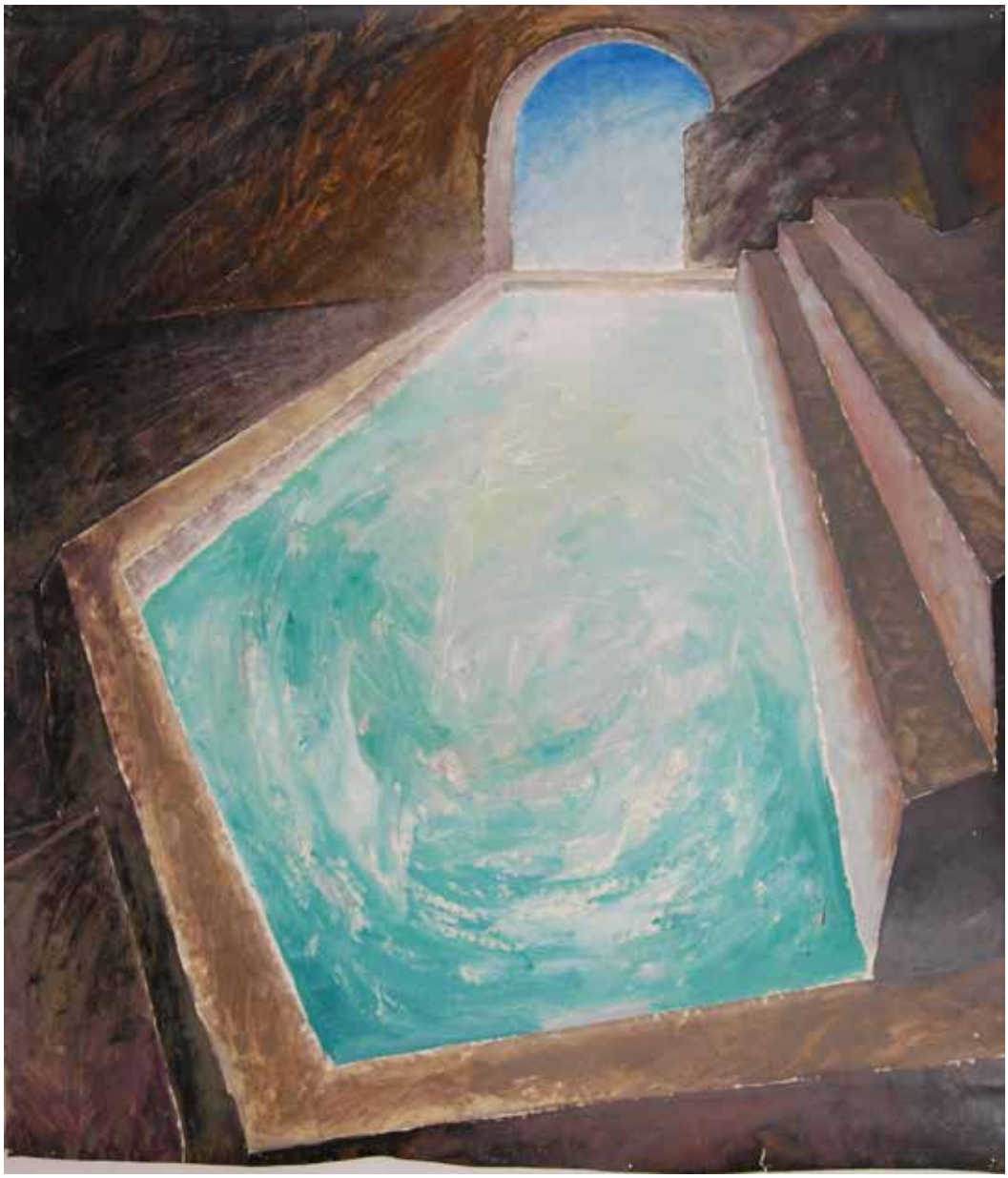
Acrílico y lápiz color sobre cartón. 1981. 65 x 50 cm.

Mixta sobre cartón. 1980. 65 x 50 cm.

Ambos acuarela sobre papel. 2004. 23 x 32,5 cm

Acuarela sobre papel. 1994. 70 x 50,5 cm.

Páginas anteriores: Acrílico y lápiz color sobre papel. 1981. 50 x 65 cm.

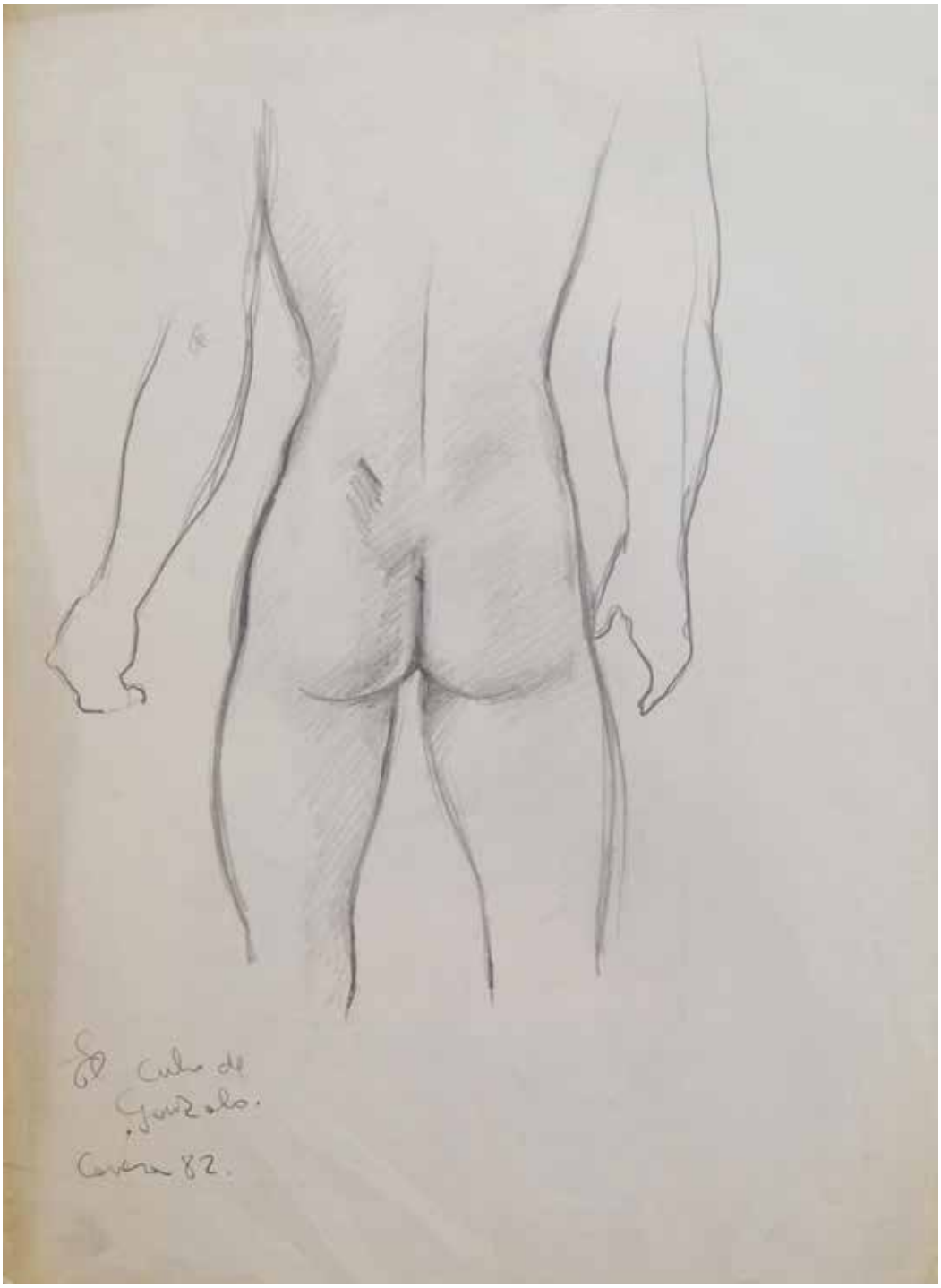


Óleo sobre papel. 185 x 157 cm

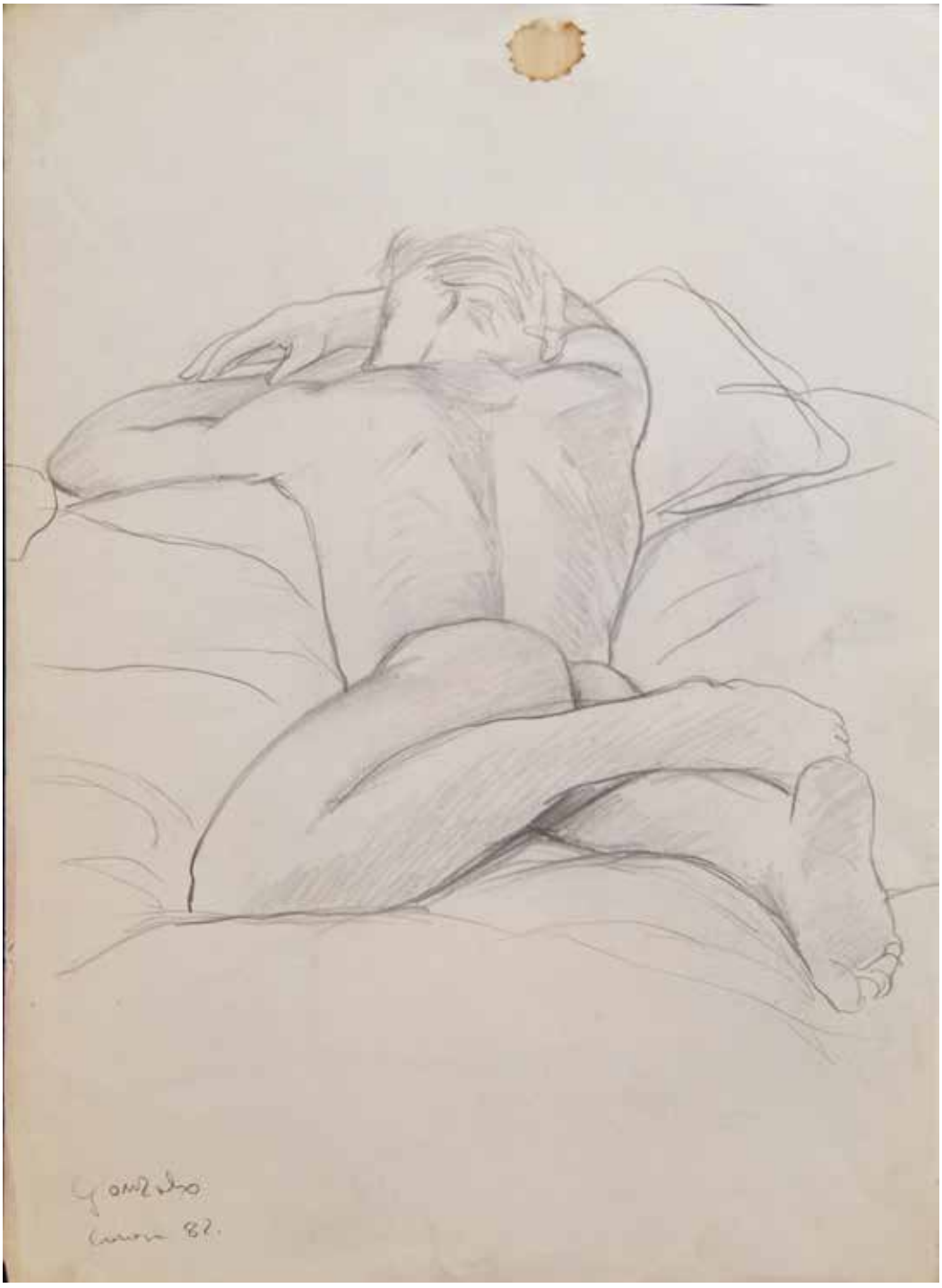
Acrílico sobre lienzo. 97 x 130 cm.
Derecha: Acrílico sobre madera. 183 x 124 cm

Lápiz color sobre papel. 1982. 44 x 32 cm.

Lápiz color sobre papel. 1982. 75 x 52 cm.



Grafito sobre papel. 1982. 44 x 32 cm.

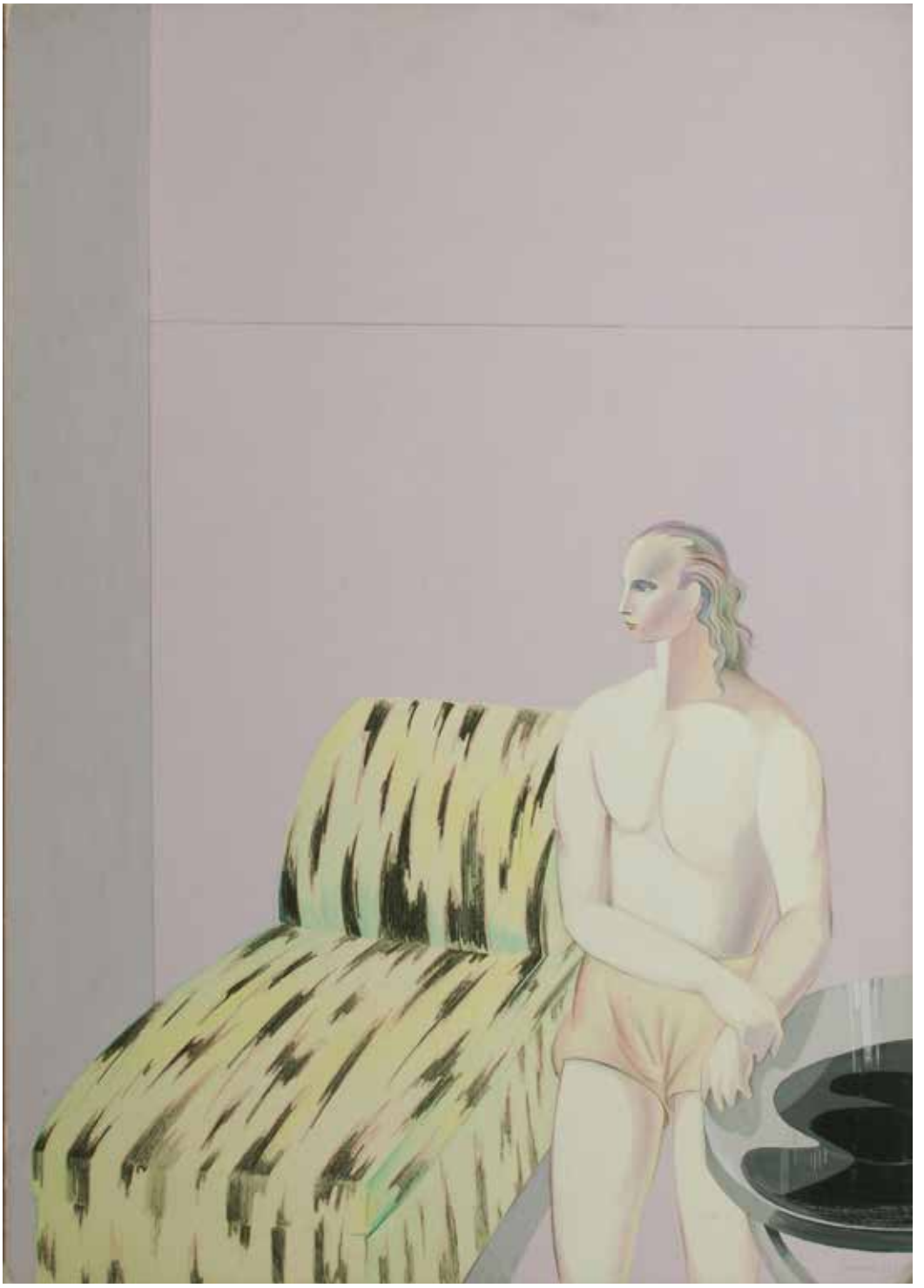


Grafito sobre papel. 1982. 44 x 32 cm.

Lápiz color sobre papel. 1982. 21,5 x 31,5 cm.
Lápiz sobre papel. 1982. 21,5 x 31,5 cm.

Grafito sobre papel. 1982. 44 x 32 cm.

Tinta sobre papel. 1982. 35,5 x 25,5 cm.



Mixta sobre cartón. 1982. 100 x 70 cm.

Mixta sobre cartón. 65,5 x 50 cm.

Acuarela sobre papel. 1984. 18 x 11 cm. c.u.

Acrílico sobre papel. 1982. 65 x 50 cm.

Amantes en la Sainte-Victoire

Charris

La primera vez que escuché el nombre de Paco Conesa, siendo yo niño, fue cuando mi hermano mayor iba a casarse y compró un cuadro de este artista para su nueva casa.

La de mis padres y las de los vecinos del barrio tenían cuadros, pero solían ser láminas o tanteos de aficionado –paisajes, bodegones, marinas– de algún amigo que pintaba. Algo para cubrir las paredes de esas casas de obrero y para que hicieran juego con los muebles de formica y los tubos fluorescentes. El cuadro mostraba unos personajes simplificados y sin cabeza junto a un caballo, algo lo suficientemente raro y moderno como para relacionarlo con algunas de las cosas que veíamos en televisión: Salvador Dalí pintando la calabaza Ruperta en el *Un, dos, tres,* un señor calvo muy famoso llamado Picasso que había muerto recientemente y alguna otra cosa que aparecía en los últimos minutos de los telediarios.

Años después yo había acabado estudiando Bellas Artes e intentaba ser pintor a tiempo completo. Conocí al artista la misma noche que al que luego sería mi galerista durante más de treinta años, Ramón García, que por una de esas casualidades era hermano de una amiga mía en el coro del instituto. Puede ser que ese encuentro en el *Equilibrio*, que así se llamaba el local, fuera la única vez que estuve cara a cara con el unionense, o así lo recuerdo a estas alturas. Ya sabemos como de falible es esa cosa que llamamos memoria.

Sí que fui viendo obras, noticias en prensa y una exposición suya, que me pareció muy buena, en la galería Wssel de Cartagena, con sus modelos desnudos, en este caso recreaciones de San Sebastián y algunos otros personajes medio mitológicos, con una deriva muy ce-

zanniana, deconstruidos con un cubismo muy mediterráneo y sensual. Y fue esta parte de la obra de Paco Conesa la que quedó fijada en mi imaginario.

Luego vi muchas más cosas suyas, más realistas, imágenes religiosas, otras para el Cante de las Minas, artefactos teatrales, representaciones más tremendistas, más transgresoras, pero son las obras que se relacionan con aquellas que me impresionaron en un primer momento las que siguen conectando más conmigo. Los artistas solemos ser varios en uno, tomamos caminos que luego abandonamos, probamos, tanteamos, nos empecinamos en unas cosas y no siempre sabemos ver en qué somos buenos. A veces lo que nos resulta fácil lo desechamos pensando que no debe ser muy bueno si no requiere el esfuerzo suficiente que se le supone al gran arte. Y nunca es suficiente. Lo decía Michael Craig-Martin en un video para el Museo Louisiana: *Confía en ti mismo, en tus instintos. Presta atención a lo que te hace feliz hacer y en lo que eres bueno*.

A mí me gusta más el Paco Conesa más ligero. También el que muestra su sexualidad de una forma más gozosa y elegíaca antes que el que incide en los traumas, la represión y el dolor, en el lado oscuro de la calle, y que acaba viviendo en una La Unión de pesadilla apocalíptica, de bodas de sangre y quejío, muy de la tierra por otro lado. Hay

Óleo sobre lienzo. Hacia 1972. 81 x 100 cm. Col. Particular.

quien le da más importancia a esas obras más intensas –el desasosiego tiene mucho predicamento– frente a lo liviano y luminoso. Es el debate eterno de la pintura española, la negra contra la blanca, Solana frente a Sorolla, la Quinta del Sordo frente a todo el resto de Goya. Lo bueno es que el artista unionense tiene un poco de todo y para todos.

Las obras que yo he elegido concuerdan más con el hombre divertido y alegre del que hablan sus amigos. Aunque todos somos múltiples, Hyde y Jekyll, quijotes y sanchos, ángeles y demonios, y es raro el que tiene siempre el aura del mismo color.

Paco Conesa pinta estos amantes en la Sainte-Victoire, la montaña sagrada de Cézanne, esas escenas en que la carne, la vegetación y el deseo es todo uno, quebrado y múltiple, y lo hace influido sin duda por el ambiente pictórico de su tiempo. La transvanguardia era uno de los caminos que había dado permiso para reinterpretar el pasado en esos años y una generación de pintores figurativos españoles retoman mitologías y modelos de la tradición pictórica del Renacimiento, del manierismo, del Quattrocento, mezclando todo con las primeras vanguardias (cubofuturismo, rayonismo, primer Duchamp...) o el pop. Por los caminos olvidados transitaban nuevos paseantes: Guillermo Pérez Villalta, Carlos Franco, Forns Badá o hasta un primer Barceló. Artistas que sabían que en la Pintura el tiempo rige de manera diferente, que no hay pasado ni futuro, que allí todo es presente o no es nada.

Los que hemos seleccionado las obras de esta exposición no somos comisarios, ni eruditos, ni siquiera expertos en la obra de este autor murciano, pero sí amamos profundamente el arte y no podíamos dejar pasar la oportunidad de bucear por el legado que Paco Conesa dejó al morir en su último taller. Aquí está lo que queda del día, los restos en la playa tras el naufragio de una vida entregada a los lápices, los colores, las pinturas, los tejidos teatrales. A las formas, las luces, las sombras y, también, al gran espejo del amor entre hombres, que diría Ihara Saikaku.

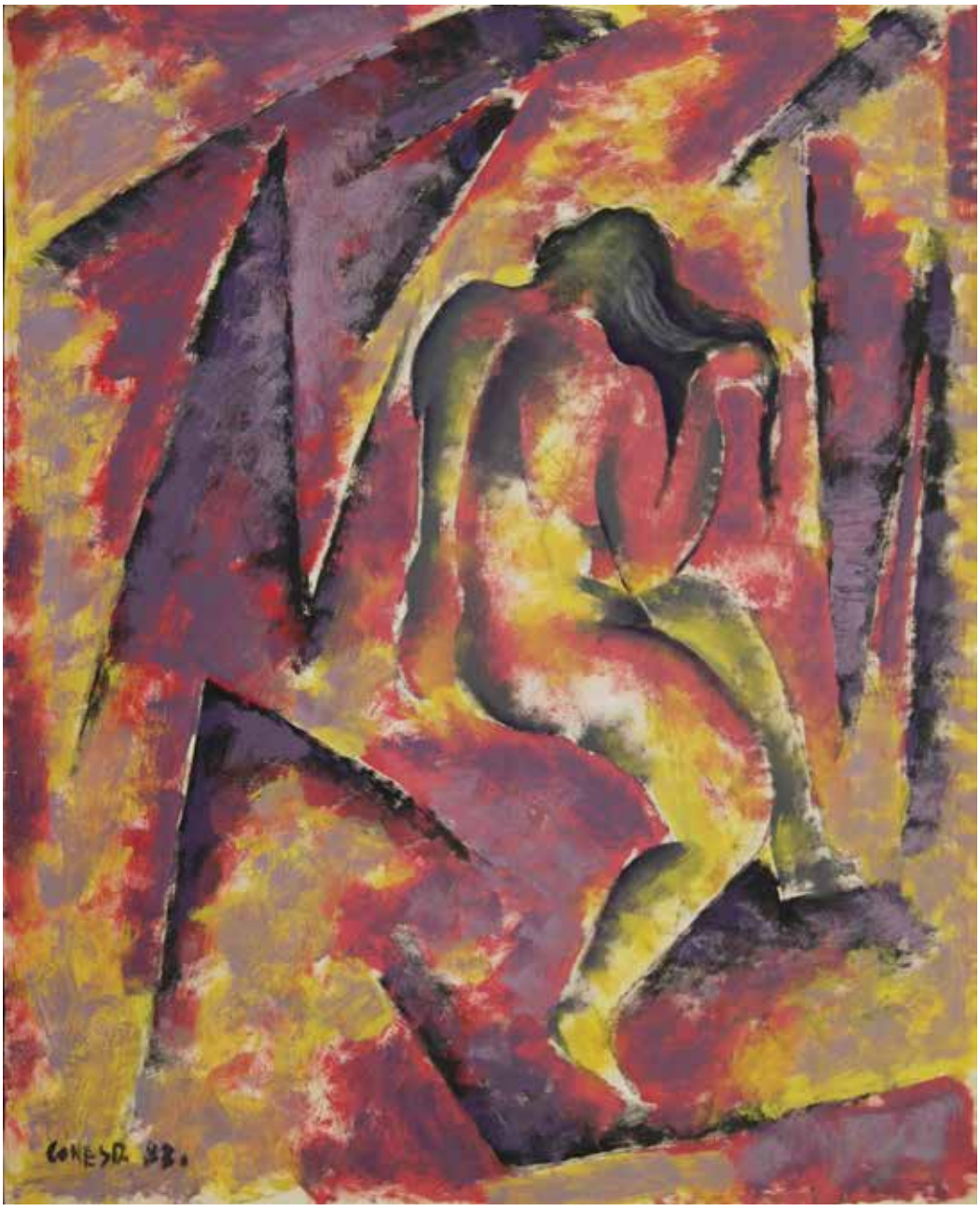
Puede que no estén aquí sus mejores obras –las mejores son las que se venden, dicen los galeristas– que se esconden desperdigadas por toda la geografía nacional (una exposición que queda pendiente y de la que se tendría que encargar alguno de nuestros museos) pero hay aquí una buena colección de anhelos, llamaradas, caminos truncados, posibilidades, maravillas, apuntes de una vida, mineras, tarantas, un rastro que nos habla de pasión y entrega total, de tiempo congelado, de sueños de artista y polvo de estrellas: pura vida, puro arte.

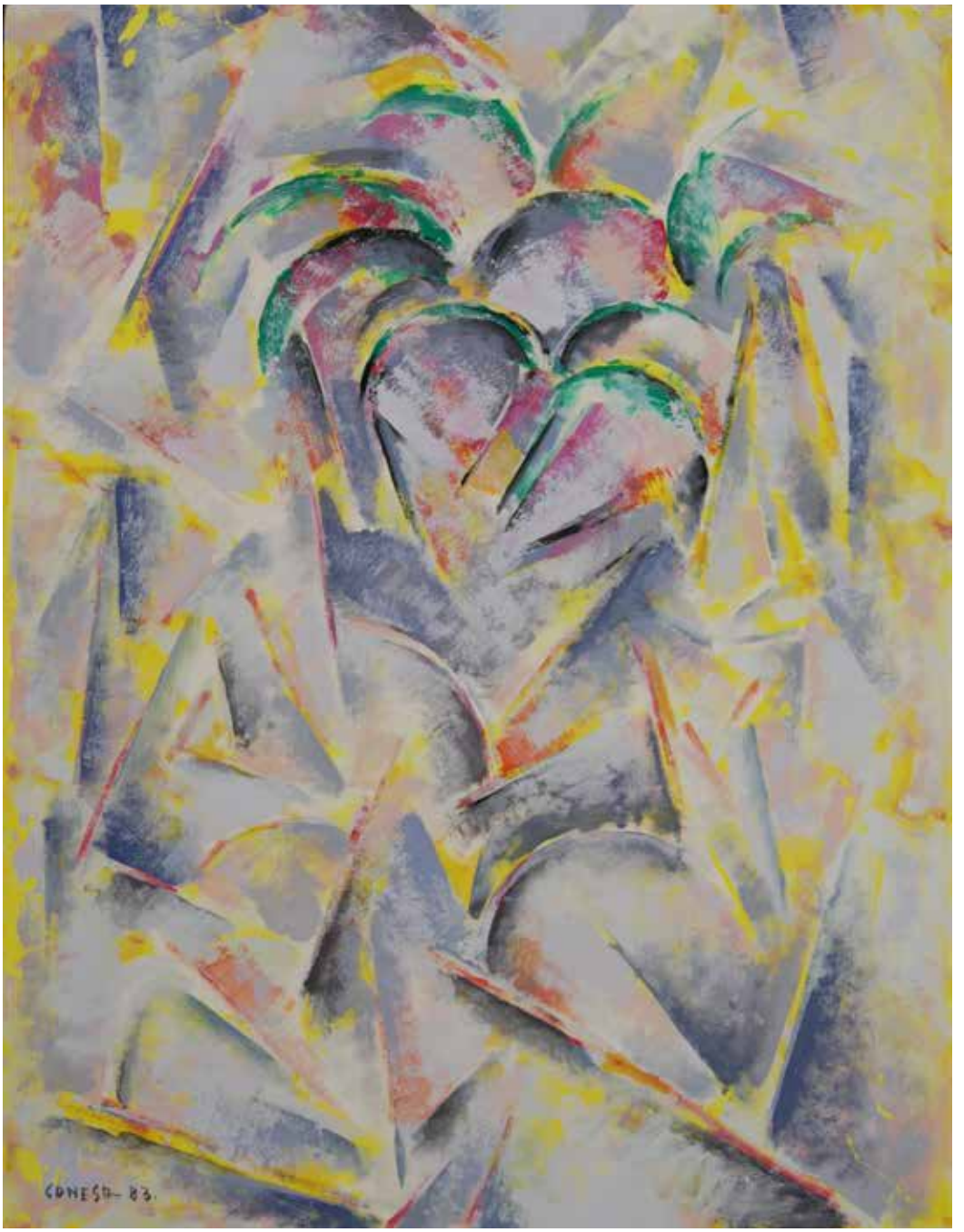
Desde mi estudio, donde las obras de Francisco Conesa Hernández (1944–2016), ya sin DNI ni domicilio, han estado viviendo un tiempo, vivitas y coleando, rellenando huecos y mapas de territorios desconocidos, se conectan nuevos puntos en la trama del universo, en mi mundo, ese que desaparecerá con uno, ese en el que sigue viviendo el pintor. Ahora que has visto algunas de sus obras y estás leyendo esto ya está también en ti, en el tuyo. Así se construye este efímero mundo de Nunca Jamas. ❊

96

Óleo sobre papel. 250 x 158 cm.

Páginas anteriores: Acrílico sobre papel. 1982. 50 x 60 cm
Derecha: Óleo sobre papel. 1983. 75,5 x 61 cm.





Acrílico sobre papel. 1983. 65 x 50 cm.

Mixta sobre papel. 1982. 44,5 x 32 cm.

Lápiz color sobre papel. 1984. 44,5 x 32 cm.

Tinta sobre papel. 30 x 21 cm.

Acrílico sobre madera. 1984. 33 x 25 cm.

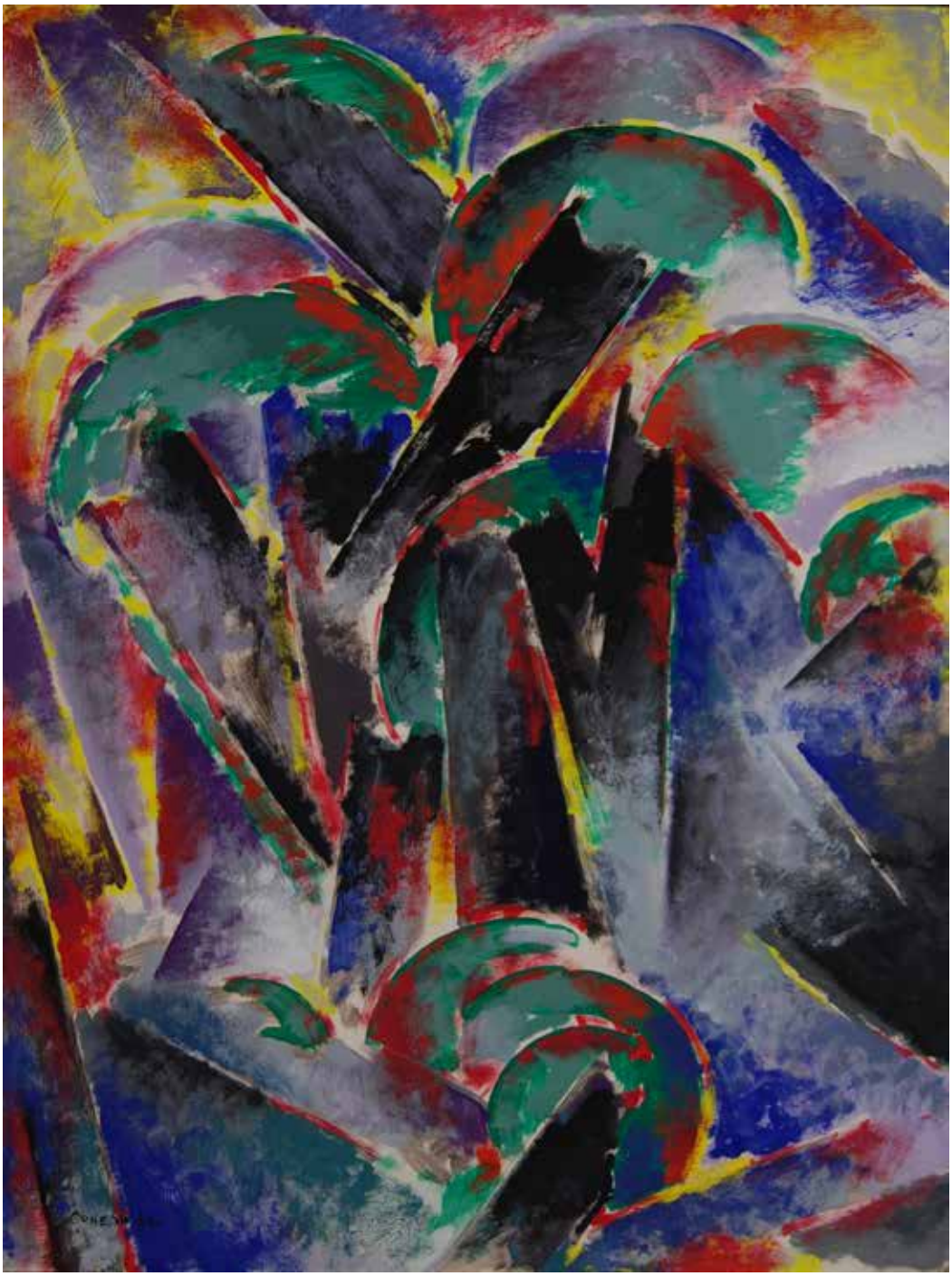
Óleo sobre papel. 1984. 191 x 151 cm.

Pastel sobre papel. 1984. 104 x 75 cm.

Acrílico sobre tablex. 1982. 46 x 38 cm.

Acrílico sobre tablex. 1982. 46 x 38 cm.

Óleo sobre papel. 76 x 61 cm.



Acrílico sobre cartón. 1984. 71 x 50,5 cm.

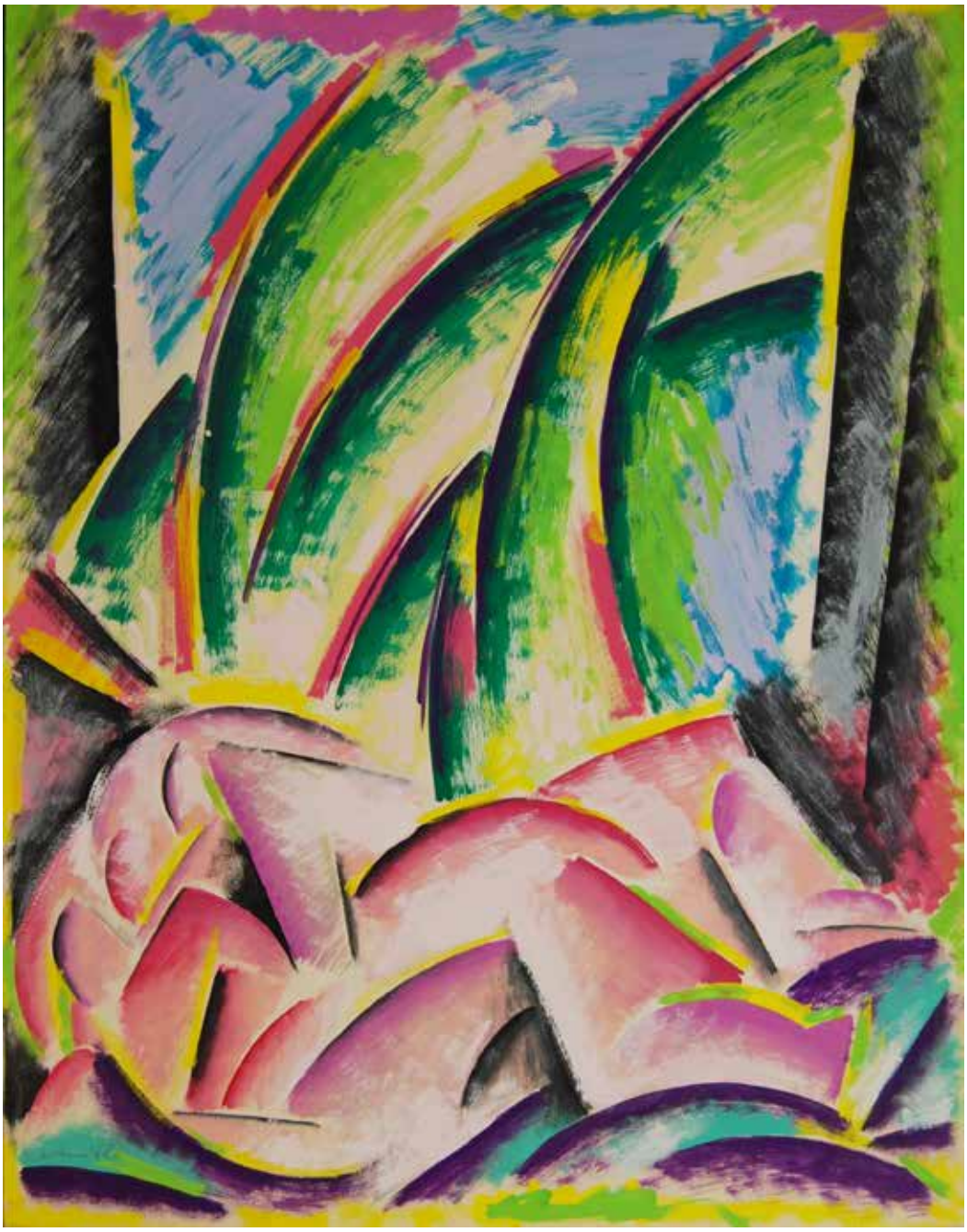
Óleo sobre cartón. 1982. 102 x 71 cm.
Óleo sobre cartón. 1982. 71 x 102 cm.

Acrílico sobre papel. 1984. 71 x 50,5 cm.

Grafito/papel. 1982. 27,5 x 21,5 cm.
Lápiz/papel. 1982. 31,5 x 21,5 cm.
Dcha. Grafito/papel. 1982. 27,5 x 21,5 cm.

Acrílico sobre papel. 65 x 25 cm.

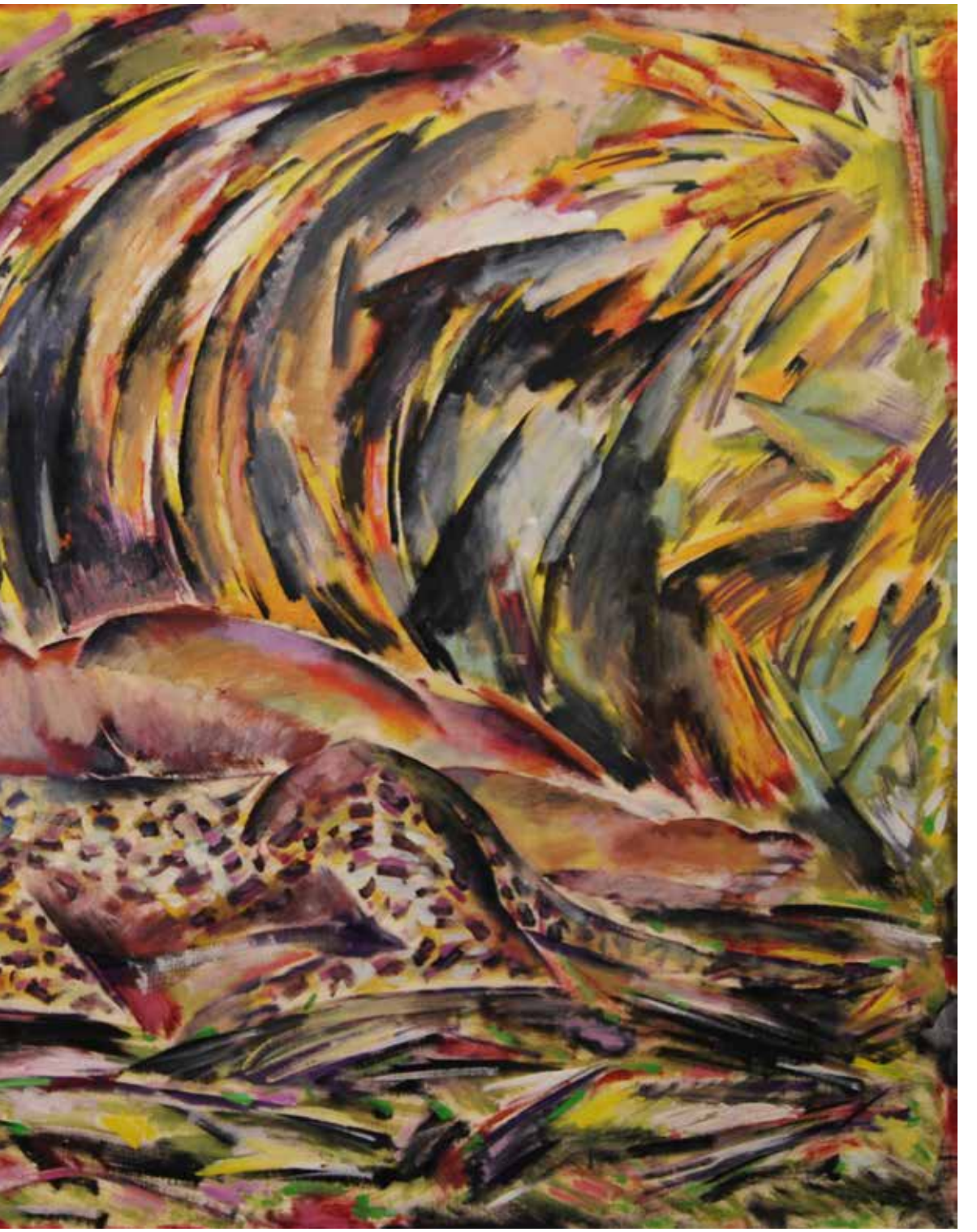
Acrílico sobre táblex. 1983. 46 x 38 cm.



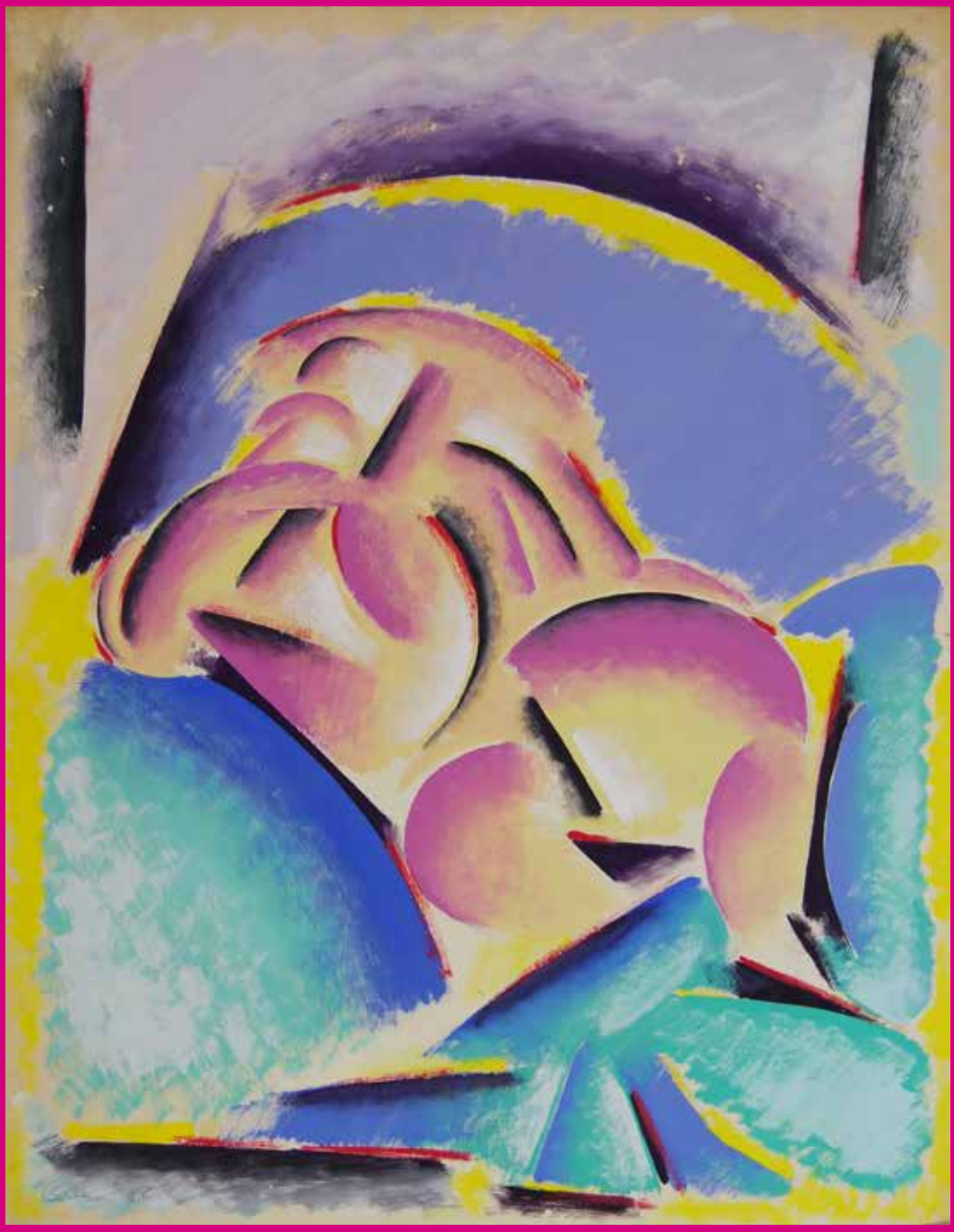
Acrílico sobre papel. 1982. 65 x 50 cm.

Acuarela sobre cartón. 1983. 71 x 50,5 cm.

Acrílico sobre papel. 1987. 52 x 65 cm.



Acrílico sobre lienzo. 114 x 146 cm.



Acrílico sobre papel. 1982. 65 x 50 cm.

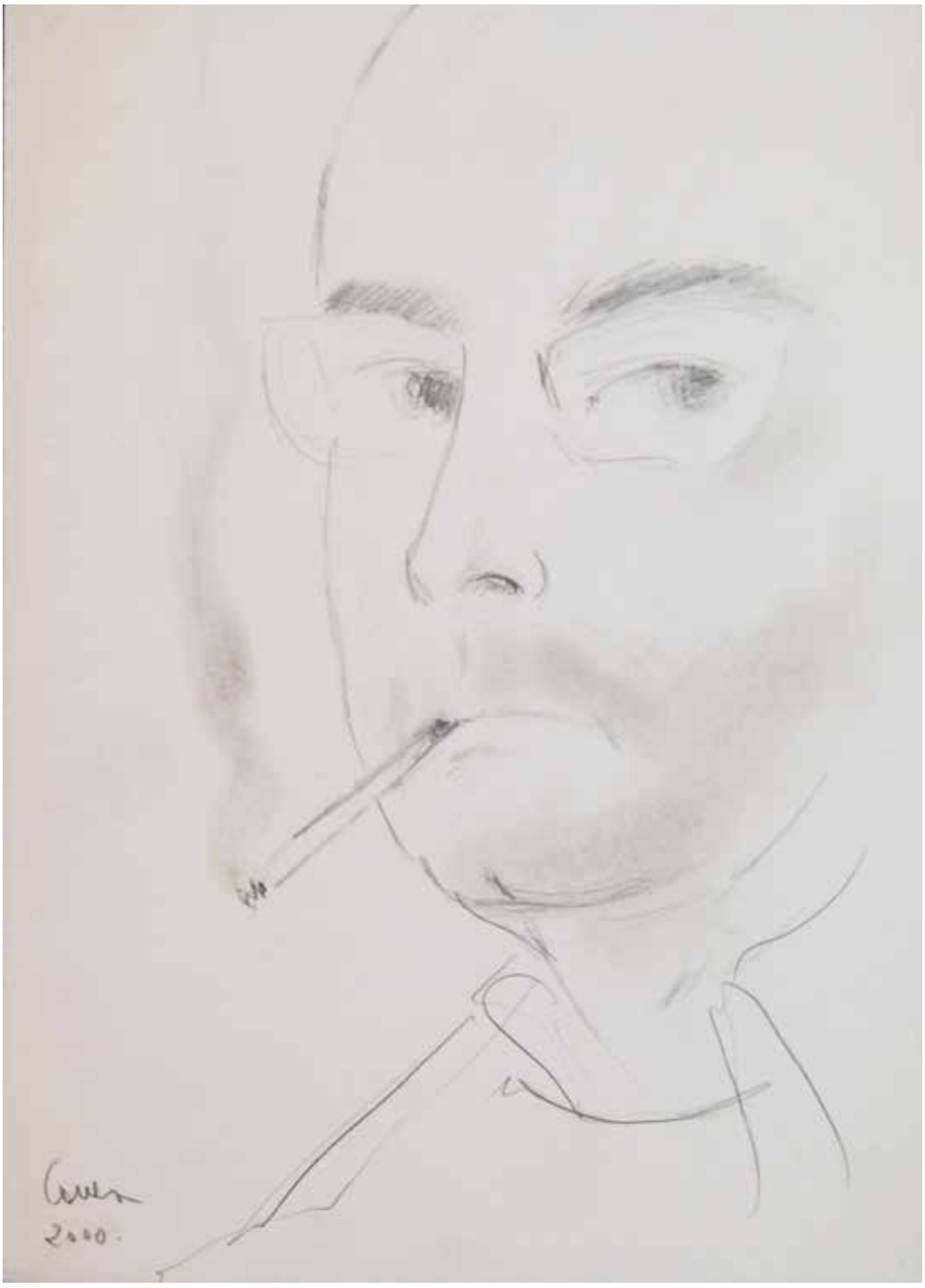
Mixta sobre papel. 30 x 21 cm.

Lápiz color sobre papel. 75 x 52 cm.

Pintor obsesionado por las formas del cuerpo, ha sacado sus figuras desnudas de aquellos espacios interiores en los que el dinamismo espacial que le venía de la tradición manierista y barroca pugnaba con el reclamo de la bidimensionalidad que aportó la pintura del siglo XX. Las ha sacado de allí y las ha llevado a una playa que, aunque es de aquí, ya no está en este nuestro mundo occidental, sino en un espacio otro, propio de la universalidad cultural a la que ha venido abriéndose buena parte de la pintura de nuestro tiempo.

Y hablo de espacios interiores a despecho de que en algún cuadro de otra etapa de Conesa pudiera no haber sido "de interior" el lugar de la anécdota en el que se presentaron las figuras de su pasión. Pero, es que no siempre coinciden el interior pictórico y el anecdótico.

Santos Amestoy



Lápiz sobre papel.. 2000. 33,5 x 23,5 cm.

PACO CONESA 1944–2016

Francisco Conesa Hernández, nació en La Unión en 1944.

Su manifiesta pasión por el dibujo, por el color y el modelado desde su más tierna infancia, fue orientada en sus inicios por el gran Asensio Sáez, su primer maestro en las artes. Luego, el artista autónomo, explorador de mundos de luz, hallaría caminos propios en su personal interpretación de la expresión plástica junto a los consagrados Vicente Ros, Ramón Alonso Luzzy y Enrique Gabriel Navarro.

A partir de 1968 continúa formándose en Madrid y en la Universidad de Perugia (Italia). En 1976 solicita una bolsa de estudios para continuar formándose en la Fundación Armando Alvares Penteado en Sao Paulo, Brasil, donde permanecerá durante un año que culminaría con la exposición *Dinámica del cuerpo Humano* en el Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Sao Paulo en diciembre de 1977.

De vuelta en España sigue residiendo principalmente en Madrid, aunque pasando largas temporadas en La Unión hasta 1984.

Durante este tiempo conoce al escritor y crítico Manuel Bouza Balbás, amigo y mecenas. Entra en contacto y establece fuertes lazos de amistad con grandes voces del teatro independiente español. En 1979, junto con otros profesionales de la escena, Xulio Lago y Presentación Dorotea Bárcena, participa en la fundación del grupo Teatro da Mari-Gaila como asesor plástico y escenógrafo, aprovechando los conocimientos adquiridos en las escenografías preparadas para el Cante de las Minas, convirtiéndose en el primer diseñador de escenografía y vestuario del Centro Dramático Galego (CDG), fundado en 1984 por su amigo Eduardo Alonso, entre otros.

Es a través de esta vía que, en 2001, concurre como finalista del Premio "Joseph Caudí" de Escenografía otorgada por la Asociación de Directores de Escena de España por su trabajo en *La cacatúa verde* y es candidato en la edición 2013 de los Premios Max de Teatro en las categorías de mejor escenógrafo y mejor figurinista por sus diseños para el espectáculo Piratas.

En la Unión, Paco Conesa trabaja como pintor de murales y escultor de tallas de imaginería religiosa. Algunas de las imágenes más representativas de la Semana Santa Minera son obra suya, como La Virgen del Rosario en sus Misterios Dolorosos, La Virgen de la Caridad, La María Magdalena, La Virgen de la Soledad y El Cristo Yacente.

Además de realizar las escenografías para el Cante de las Minas, suyos fueron los carteles anunciadores del certamen correspondientes a las ediciones de 1973 y 1986. También realizó el cartel de la Semana Santa Minera de 1993 y fue el pregonero de la misma en 2011.

Muy importante también es su obra sobre el caballete, con 35 exposiciones individuales y 20 colectivas, así como el dibujo, técnica fundamental de base que estará presente a lo largo de toda su carrera, con una colección muy vasta de ejemplares de dibujos de anatomía, mitología clásica y paisajística entre muchos otros.

El resultado de todo ello es un trabajo sistemático e intenso, que contribuye a la apreciación de su gran talento, estilo propio y enorme capacidad de producción.
Sobre su obra pictórica han escrito, entre otros muchos, intelectuales de la talla de Francisco Calvo Serraller, José Hierro, Santiago Amón o Santos Amestoy.

*Nota biográfica en la web del Aayuntamiento de La Unión

Paco Conesa. Lo que queda del día.
Palacio Consistorial Cartagena
29 octubre 2026 / 14 febrero 2027

EXPOSICIÓN Y CATÁLOGO
Promueve y organiza: Ayuntamiento de Cartagena
Noelia Arroyo. Alcaldesa de Cartagena
Ignacio Jáudenes Murcia. Concejal delegado de Cultura
Eugenio González Cremades. Director General de Cultura
María Comas Gabarrón. Coordinadora General de Arqueología y Espacios Expositivos

Coordinación:
Sergio Urán Conesa
Miguel Navarro Salinas
Montaje: GRUPO DINAMIA
Edita: Ayuntamiento de Cartagena
Comisariado y textos: Julia Bermúdez, Martín Lejarraga y Ángel Mateo Charris

Fotografía: Julia Bermúdez / Leandro M. Bermúdez Muñoz
Impresión: Imprenta Gómez
Diseño y maquetación: Ángel Mateo Charris
Depósito Legal: MU 1818-2026

© de las obras: Herederos de Paco Conesa
© de los textos: los autores
© de la presente edición: Excmo. Ayuntamiento de Cartagena